EL COJO ILUSTRADO

AÑO I — 1º DE MAYO DE 1892 — Nº 9

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—*D. Eugenio Méndez Mendoza.*—NUESTROS GRABADOS.—*Beneficio del Café*, por C. A. U.—*Ildefonso Meserón y Aranda*, por M.—ARTÍCULO DE COSTUMBRES. *Los Vivos*, por David.—*Expontáneo* (*Espontáneo*) por el Dr. R. Ovidio Limardo.—*En el nombre del Padre . . .*, por Emilia Pardo Bazán.—*No canto ya* y *Acuarela*, poesías por Miguel Eduardo Pardo.—*Estación Balnearia de Las Trincheras.*—ARTÍCULO DE COSTUMBRES. *La Lotería*, por F. de Sales Pérez.—VARIA.—*El Viaje de Novios*, por Jules Simón, traducido para EL COJO ILUSTRADO.—*Poesía*, por Justina Bel de Vidal.—*El Tocador*, por la baronesa Staffe.—*Si yo mandara*, poesía por Ildefonso Meserón y Aranda.—NECROLOGIAS.—*Fastidio*, poesía por J. J. Breca.—*Arte de tener sueños agradables*, por B. Franklin.—*Su Cara Mitad*, novela escrita en inglés por F. Barret, traducida al castellano por Francisco Sellén.—*Experiencia sobre la trasmisión de un choque por la elasticidad*, *Charadas* y *Soluciones*.

GRABADOS.—*Eugenio Méndez Mendoza*, de fotografía.—*La Primavera*, dibujo á la pluma por Arturo Michelena.—*Ildefonso Meserón y Aranda*, de fotografía.—*Palacio Federal*, dibujo á la pluma.—*Los tramposos*, copia del cuadro de Meyerheim.—*Las Trincheras* (estación balnearia), de fotografía.—*La casa Amarilla*, de fotografía.—*Cuatro calles de Ciudad Bolívar*, de fotografías.—*Aprendiz de* EL COJO, dibujo á la pluma por F. Méndez Mendoza.—*Iglesia de Altagracia*, de fotografía.—Música

D. EUGENIO MENDEZ MENDOZA

De los rasgos biográficos de MÉNDEZ MENDOZA, publicados por el aventajado escritor señor Gonzalo Picón Febres en sus *Semblanzas* y *Estudios Literarios*, estractamos los siguientes párrafos, deplorando no poder publicarlos integramente por no permitirlo las dimensiones de este periódico.

«MÉNDEZ MENDOZA nació en la ciudad de Caracas el día 13 de Marzo de 1857. Son sus padres el conocido abogado Doctor D. Juan de Dios Méndez, antiguo ministro de la República, y la señora Dª Concepción Mendoza de Méndez.

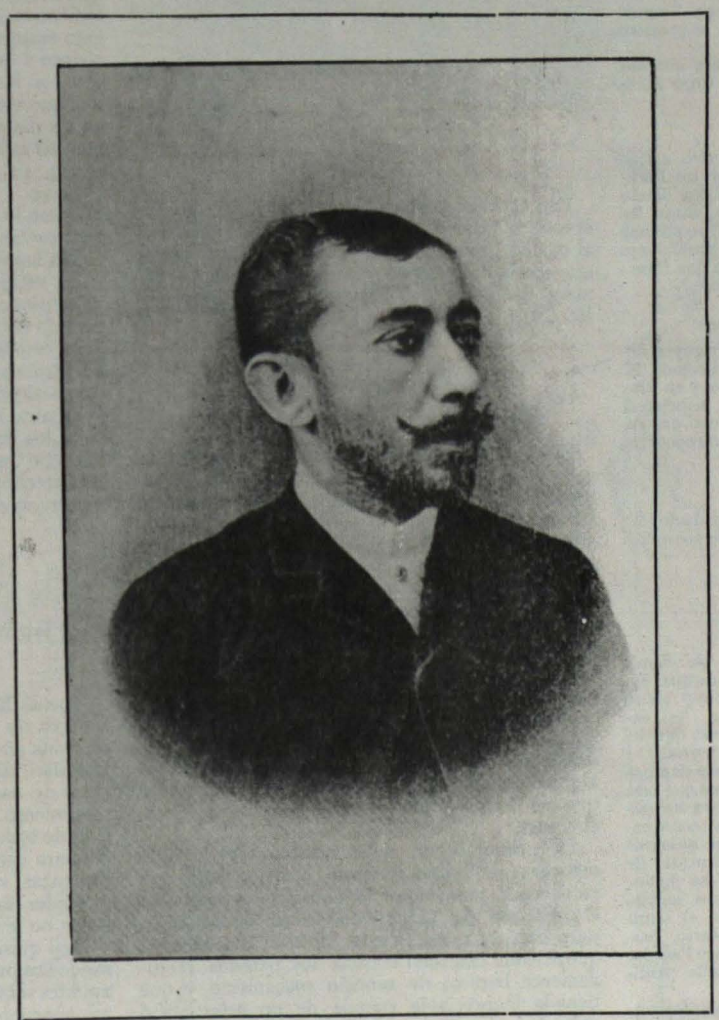
«Estudió en el *Colegio de Santa María* ciencias filosóficas, y luego pasó á cursar medicina en la Universidad Central.

«Manifestó de niño tan intenso cariño por las letras, que, cuando apenas contaba diez años de existencia, escribió un cuento satírico burlesco, en el cual, si nó la forma, resaltaba el gracejo á maravilla, no menos que el vigor de la inventiva.

«MÉNDEZ MENDOZA se dió á conocer como escritor en 1878, en las columnas de *La Tribuna Liberal*, diario que redactó en Caracas el insigne polemista y orador parlamentario D. Nicanor Bolet Peraza, y en *La Alianza Literaria*, órgano de la juventud caraqueña. Ha colaborado con éxito en varias hojas periódicas de Venezuela, y en 1882 fundó *La Entrega Literaria*, semanario de ciencias y literatura, acompañado de su hermano Juan de Dios, del conocido poeta don Francisco Pimentel, y de quien escribe ahora esta semblanza.

«Sus versos revelan al verdadero poeta; su poesía se asemeja á la de Domingo Ramón Hernández. Se nota siempre allí como un suspiro, como un sollozo que brota para desahogar el corazón, como una nota de melancolía sublime que conmueve el sentimiento en sus más ocultas fibras, y cierta delicadeza de expresión que prende el ánimo como en una red de oro. Sus composiciones son hermosas. Hay en ellas esa sensibilidad exquisita que sólo es patrimonio del verdadero poeta, esa delicadeza de colores del que es verdadero intérprete de la naturaleza, ese lenguaje tierno y apacible del que sabe sentir lo que le hiere en la mitad del alma. Leed sus poesías *Un recuerdo á Venezuela*, *Amor que dura*, *En el mar*, *Dolora*, *Presentimiento* y *Su llanto*, y encontraréis la verdad del aserto que aquí apunto.

«Es un hecho que en sus poesías existe siempre un fondo de amargura, de escepticismo, de íntimos dolores; pero esa amargura se endulza en el recinto de su hogar, ese escepticismo es de un momento, ese dolor que le lastima es pasajero. Puede cansarse el poeta en el camino de la vida, pero su madre le alienta con un beso en que hay consuelo; llora, pero halla quien sus lágrimas enjugue; sufre, pero encuentra un regazo donde olvida el sufrimiento, siente que nuevas esperanzas le germinan en el alma cual verdecidos brotes, y torna á ver un paraíso en la existencia. Por eso en sus poesías no hay desesperación sino consuelo, lágrimas que caen para tornar en goces las penas de la vida.



EUGENIO MÉNDEZ MENDOZA

¡Mi hogar! único punto del planeta
do el veneno del mundo no me alcanza
donde al quejarse el alma del poeta
responde á cada queja una esperanza.
¡Oh retiro feliz, vaso de oro
donde en miel se convierte mi amargura
do enjugan tantas manos con ternura
el llanto de mis ojos cuando lloro!

«Yo no me canso nunca de recitar estos cuartetos de su composición *Presentimiento:*

He visto tu sonrisa en la alborada,
tu llanto en la corola de las flores,
la pura tinta de tu faz, copiada
de la cuna del sol en los primores.
Tiene el invierno tu ideal tristeza,
primavera tu cándida alegría,
el patrio suelo tu oriental belleza,
tu casta sencillez la poesía.

«Ni sé que nadie haya hecho nada más sentido y al mismo tiempo más hermoso, que el siguiente pasaje de su romance *En el mar:*

Llega la tarde: *occidente*
se trueca en lecho del sol,
lecho de nubes que *tienen*
de la granada el color.
Todo es tristeza, y mi pecho
siente alivio en su aflicción
á mis ojos viene el llanto
y á mi pensamiento Dios.
¡Bendita la tarde sea!
¡Bendito seas, Señor!
. . . . . .

«Un lápiz en su mano, cuando alguna monstruosidad política ó social se celebra ó se consagra, es un arma terrible, porque agota con él las líneas y contornos del ridículo, en el extenso campo de la caricatura, y si blande como espada poderosa el epigrama, mal parada ha de quedar la persona á quien vaya dirigido, porque la sátira relumbra entre sus versos como el rayo. En este sentido jamás se ha publicado nada, pero guarda con cuidado en sus estantes, en gruesos rollos de papeles, pinturas, bocetos, caricaturas, letrillas y epigramas que acusan un ingenio cáustico. Es curioso hojear sus álbumes, porque en éllos se ven pasar ante los ojos, puestos en berlina y como en procesión mefistofélica, imbéciles y saltimbanquis, bailarinas y tenores, poetastros y escritores de medio palo, Quijotes y Delpinos.

«Su conversación es variada é ingeniosa: ya esmaltada de chistes y ocurrencias que os hacen arrastrar de hilaridad, ya embellecida por deliciosos recuerdos de viaje. Amenudo se entusiasma con aquello de que os habla, y su lenguaje es entonces elocuente, sus imágenes hermosas y sus

descripciones pintorescas y animadas. ¡Cómo se regocija uno y se deleita cuando le escucha hablar de la catedral de Milán, de la basílica de Roma, de los museos de Florencia, del cementerio de Pisa, de las catacumbas de Nápoles, de las ruinas de Pompeya, del Vesubio, de la gruta Azul, de Sorrento, la bellísima Sorrento, la patria del Tassso, la sirena encantadora que surge del seno de las ondas como una evocación maravillosa, para encantar con una fantástica hermosura las miradas del viajero.

. . . . . .

. . . . . .

París—1889.

NUESTROS GRABADOS

Eugenio Méndez y Mendoza

Como esbozo biográfico de este poeta, prosista y dibujante, publicamos un extracto del extenso estudio que de él anda publicado en uno de los libros de Picón Febres. En él se expresa, mejor que pudiéramos nosotros, cuanto ameritan los diversos talentos que posée Méndez y Mendoza, á quien nosotros admiramos como una de las más ciertas esperanzas de la nueva generación literaria.

La Primavera

Es de Arturo Michelena el precioso dibujo, quien desde París nos envía tan estimable obsequio. Nuestra gratitud por el regalo, y nuestros votos porque el aplaudido compatriota siga recogiendo los lauros á que es acreedor por sus talentos, en país como Francia donde se le reconocen sus altos méritos y se premian debidamente sus esfuerzos.

Ojalá que el amigo Michelena nos obsequie con sus dibujos frecuentemente para honra de EL COJO ILUSTRADO.

Ildefonso Meserón y Aranda

Hemos tenido la buena suerte de que nuestro amigo el señor Méndez y Mendoza nos regale con los Perfiles del señor Meserón y Aranda. Escritos con fondo de verdad y con pluma fácil y chispeante, dicen los Perfiles de Méndez y Mendoza cuanto es de requerirse para el cabal conocimiento del carácter y condiciones del retratado, cuya vida podría resumirse en una frase: Amador de las Artes y trabajador incansable.

Palacio Federal

A la pluma del señor Jesús Ma Herrera Irigoyen debemos el original del grabado que hoy publicamos. El *Palacio Federal* es bello, aun siendo nuestro, y su emplazamiento está en zona que no carece de semejanza con algunos puntos de países civilizados, y casi nos dá á veces la impresión de hallarnos en lugar europeo, rodeados de casos bellos y de cosas grandes.

Los tramposos

Reproducimos, por su originalidad, el grabado del bello cuadro de Meyerheim. Que no sirva de ejemplo á los que juegan.

Las Trincheras

. . . . . .

Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

Con frecuencia recordamos estos versos de Baralt cuando pensamos en el cúmulo de riquezas que encierra nuestro suelo, y que esperan de contínuo mano inteligente y hacendosa que las saque á luz. Tal entre otras las aguas termales de *Las Trincheras* que demoran en el camino de Puerto Cabello á Valencia.

Estas fuentes gozaban de nombradía desde tiempos atrás, y raramente eran visitadas sino por una que otra persona que, más que por salud, iba por mera curiosidad á contemplar una de tantas maravillas como encierra la inagotable Naturaleza. Contábanse milagros de sus virtudes curativas, pero ni casos confirmados de curaciones radicales á merced de sus benéficas aguas, ni la *vox populi* que de contínuo las ensalzaba, movieron nunca la apatía de nuestros gobiernos en el sentido de montar allí un establecimiento balneario, hasta que un particular, el señor Doctor Francisco Padrón, se propuso y realizó el plan de hacer de aquella perdida riqueza, emporio de salud y de recreo.

Hoy concurre allí número considerable de enfermos, alcanzando todos recuperar la quebrantada salud, por merced de las susodichas aguas.

Véanse las noticias más extensas que publicamos en otro lugar.

Iglesia de Altagracia

Es una de las de tono en la capital.

Su *misa de diez* es siempre concurrida de lo más notable de la sociedad de Caracas.

A los costados de esta Iglesia hay jardines muy bellos, que hacen muy simpática esta parte alta de la ciudad.

En el próximo número de EL COJO ILUSTRADO publicarémos diferentes vistas de ese recinto.

Cuatro calles de Ciudad Bolívar

Mientras nos hacemos de vistas de aquella importante capital del Estado de Bolívar, publicamos las que fueron tomadas durante la inundación que desoló á los habitantes de dicha ciudad, y que de seguro recordarán nuestros lectores.

La Casa Amarilla

La vista que publicamos de la morada del Presidente de la República, es uno de los bellos edificios de Caracas, situado en un punto muy céntrico y dominando la Plaza Bolívar. Dicha casa fué construida por orden del general Páez y mandada reedificar por el general Guzmán Blanco. En ella se han dado suntuosas fiestas que se recuerdan con agrado.

Un aprendiz de El Cojo

Varias veces hemos visto reproducidos algunos tipos de los que en este establecimiento ganan su pan con honra, y hoy es la pluma de Méndez y Mendoza quien copia sus líneas. Gratitud por el obsequio al amigo.

Caracas: 12 de abril de 1892.

Sres. J. M. Herrera Irigoyen & Ca.

Presente.

Muy Sres. mios:

Al leer el artículo publicado en el suplemento de EL COJO ILUSTRADO, número 8, se me ocurrió hacer algunas rectificaciones y las indicaciones que leerá usted en el escrito que adjunto, sugeridas por mi práctica. Si usted encuentra que pueden ser de alguna utilidad para los pequeños productores de café, le agradecería que las publicara en el próximo número de su interesante periódico.

¡Ojalá que todos hiciéramos lo mismo, que así aprenderíamos todos!

Su afctmo. S. S. y amigo,

C. A. U.

Con especial gusto publicamos á continuación el escrito á que se refiere la carta que precede; y al dar las gracias al apreciable caballero y amigo que nos la ha remitido, aprovechamos la oportunidad de poner á su disposición las columnas de EL COJO ILUSTRADO.

BENEFICIO DEL CAFE

En el interesante artículo titulado «Beneficio del café» que publica EL COJO ILUSTRADO en el número 8, se dice que la operación del descerezo tiene por objeto «separar las dos semillas contenidas en la baya á que están pegadas en su parte interna llana.» Hay en esto una ligera inexactitud. El objeto del descerezo es desprender ó arrancar la cáscara ó pulpa del grano y, si bien como una consecuencia de la operación se separan las dos semillas de que se compone cada baya, no dejaría de quedar descerezado el café si tal cosa no sucediera.

Hecha esta ligera rectificación que no tiene consecuencias prácticas, creo conveniente extenderme á otras indicaciones que pueden ser de alguna utilidad para los pequeños hacendados que no han podido montar máquinas perfeccionadas.

En primer lugar, debe sustituirse el antiguo descerezo de botón redondo ó mejor dicho, cónico, usado todavía por muchos productores, con el descerezo de Lidgerwood, fácil de adquirir, pues esa casa tiene en esta ciudad una agencia que atiende con toda eficacia los pedidos; relativamente barato; de sencillo mecanismo y que tiene la inapreciable ventaja de no *pelar* café ó pelar únicamente el verde y, la más importante aún, de arrancar y botar fuera del estanque en que se lava el café una cantidad de cáscara ó concha mucho mayor que el antiguo descerezo. La consecuencia inmediata de esto es, por una parte, que se aleja y casi desaparece el peligro de que se *ardan* las pilas y, por otra, que la seca se hace con mucha mayor facilidad. Los propietarios de fundos situados en tierras altas ó frias apreciarán debidamente esta ventaja. Luego, como la concha se bota, se necesitan patios de menor extensión para obtener un resultado igual y, por último, como á la trilla no va sino el café *en pergamino*, despojado de toda la concha, se hace también esta operación con mucha mayor rapidez.

Muchos cafés de Venezuela, especialmente los de tierras bajas y los de las altas que carecen de oficinas adecuadas, tienen un aspecto terroso y aun cierto olor á tierra que les hacen perder mucho de su mérito. Podría creerse que estas malas condiciones son propias del fruto por el lugar que lo produce y es este un error que desearíamos ver desaparecer, porque si los cafés de Venezuela fueran todos perfectamente bien beneficiados, como sucede con los de algunos otros paises, se acreditaría la procedencia y se cotizarían á más alto precio.

El modo de evitar estos defectos es muy sencillo. Consiste únicamente en ventear el café *en pergamino* perfectamente seco y *antes* de trillarlo, en especial si la trilla de que se dispone es de rollo. Luego, en la primera trilla no debe prolongarse la operación hasta pulverizar el pergamino porque el polvo producido por el mismo pergamino ocasionaría los mismos inconvenientes que se trata de evitar; debe sacarse el café de la trilla cuando el pergamino esté en su mayor parte desprendido del grano; pero repito, no reducido á polvo. En seguida se ventea de nuevo y vuelve á trillarse por segunda vez con las mismas precauciones que la primera y, si el café no ha quedado en las condiciones requeridas para escogerlo, se repite la operación por tercera vez. Este procedimiento es algo más costoso y laborioso que el que actualmente se usa; pero la utilidad que se obtiene en el precio indemniza el gasto y el trabajo empleados. Con este método se obtiene en cuanto á calidad del grano, el mismo resultado que con las mejores máquinas. Es inútil recomendar que el café esté bien lavado y el mayor aseo en los patios. El secreto del buen beneficio consiste en evitar que el polvo, ya provenga de los patios, ya del café mismo, esté en contacto con el grano.

Acaso lo único que nos quede por decir es que para *cortar la baba* bastan 12 horas, especialmente en los lugares cálidos.

En estas ligeras indicaciones que escribo sin pretensiones literarias de ningún género, he prescindido de las otras operaciones que requiere el buen beneficio del café y que están perfectamente bien tratadas en el artículo á que he hecho referencia al principio de este escrito.

Es tanto más oportuno este asunto, cuanto que quizá los cafés ordinarios y mal beneficiados sufran con mayor intensidad las consecuencias de los derechos últimamente impuestos á los cafés de Venezuela en los E. Unidos.

C. A. U.

ILDEFONSO MESERON Y ARANDA

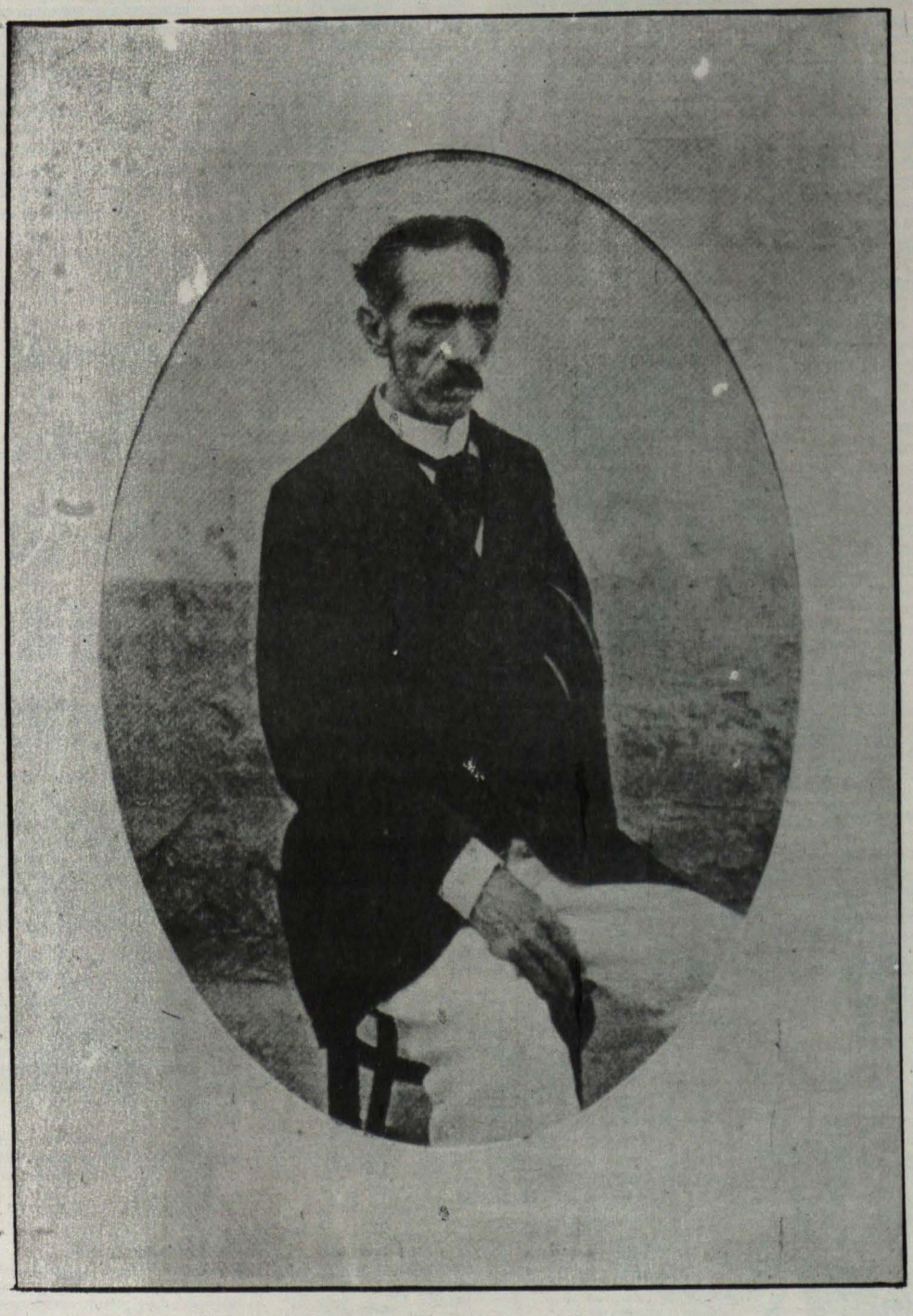
Apenas habrá quien haya residido en Caracas, siquiera sea de paso, en el trascurso de los últimos cuarenta años, y no conozca á Ildefonso Meserón y Aranda. Hace un cuarto de siglo, siendo yo chico de escuela, aprendí una canción, llena de sentimiento, que estaba muy en boga y era conocida de todo el mundo por *la canción de Meserón*. Ya para entonces había publicado muchos valses, romanzas, versos y escritos en prosa, hijos de sus múltiples facultades artísticas, las que no hay quien no le reconozca.

Bien quisiera poderme extender algo enumerando sus producciones, y hasta avanzar algunos apuntes sobre ellas, en vía de análisis; pero ello no concuerda con el carácter de este escrito, mero *perfil*, como se dice ahora, de Meserón y Aranda, hecho á vuela pluma, para que sirva de cortejo á su retrato en las columnas de EL COJO ILUSTRADO.

Hijo de una familia de artistas por la línea paterna, cuenta Meserón en la materna deudos como el Licenciado Francisco Aranda, su tío, honra del foro y de las letras. De tales ascendientes parece haber heredado el ingenio, la imaginación poderosa que en él lo es todo, como se descubre fácilmente despues de hablar con él unos minutos imaginación infatigable y ansiosa siempre de



LA PRIMAVERA



ILDEFONSO MESERÓN Y ARANDA

crear, causa ésta principal de su carácter emprendedor.

Es de ver cómo se crece su fantasía cuando concibe una empresa y pone manos á la obra. Le oye uno entonces exponer en pomposo lenguaje todo lo que tiene en la cabeza, y con lo cual ha de dar cima á su proyecto. Si se trata de un club, empieza por hacer la lista de los miembros activos, personas pudientes amigas suyas; luego forma la lista de miembros honorarios: el Presidente de la República, los Ministros, los diplomáticos, los escritores y artistas. Sueña con un espléndido edificio para instalar el club, y se lo imagina rica y elegantemente decorado al interior, con obras maestras de arte y todo. Vé ya rebullir en los salones numerosa y escogida concurrencia que acude allí á suntuoso baile, ó á tertulia dramática ó á torneo literario. No falta en su imaginación ninguno de los detalles: los cuenta, los enumera, los presenta con absoluta precisión y lujo descriptivo; y por poco que una de estas concepciones de su fantasía encarne en la realidad, basta para impresionar agradablemente la estética del que la vé con ojos distintos de los suyos.

Se vale de ingeniosísimos recursos para darle forma á una idea artística. Con toscas tablas de cajones construye un kiosco pintoresco: con cuatro banderas, unas cuantas candilejas y algunas ramas del monte hace un templete primoroso.

¿Se ofrece decorar un muro? Pues un par de cromos ordinarios, un espejo del año 46, dos tambores de soda pintados á brochazos, exhibiendo sus correspondientes plantas tropicales, son colocados allí por Meserón tan hábilmente, quedando establecida con tal cabalidad la única armonía posible en tal conjunto, que los cromos adquieren talla de cuadros, el espejo se moderniza y los tambores de soda aparecen jarrones.

¿Falta un piano al club y el dinero para comprarlo? No importa: Meserón hace entonces uso de lo que vulgarmente se llama el *palitraqueo*, y obtiene el piano en cambio de una silla vaquera, una bolsa de rewolver, un reloj antiguo de repetición, un tomo de «Los Miserables», cuatro naranjos, dos tablones de cedro, una guitarra, nueve garrafones y un gallo.

La imaginación de Meserón y Aranda está siempre en actividad, de suerte que si una de sus empresas desaparece por cualquier evento, él queda incubando otra en las celdas del cerebro. En estos paréntesis el Gobierno utiliza sus servicios para el censo, para la numeración de las casas, para acompañar á un alto personaje extranjero en viaje de recreo por la república, para dirigir una exposición, para una sección de ministerio, para la secretaría particular del Presidente, para todo, porque es hombre que entiende de todo y para todo sirve. De aquí que, como dijo Tejera de Micolao y Sierra, su vida *esté llena de alti-bajos;* pero él pasa por entre las vicisitudes incólume: no pierde el andar mesurado, el vestir correcto, los cultísimos modales, la frase galana, el chiste fino y la broma de buen tono que dá y recibe con exquisito tacto.

Tiene cincuenta y ocho años, si hemos de creerle, aunque todo el mundo le echa más edad, tanto que Eduardo Calcaño se lo dijo no hace mucho de este modo:

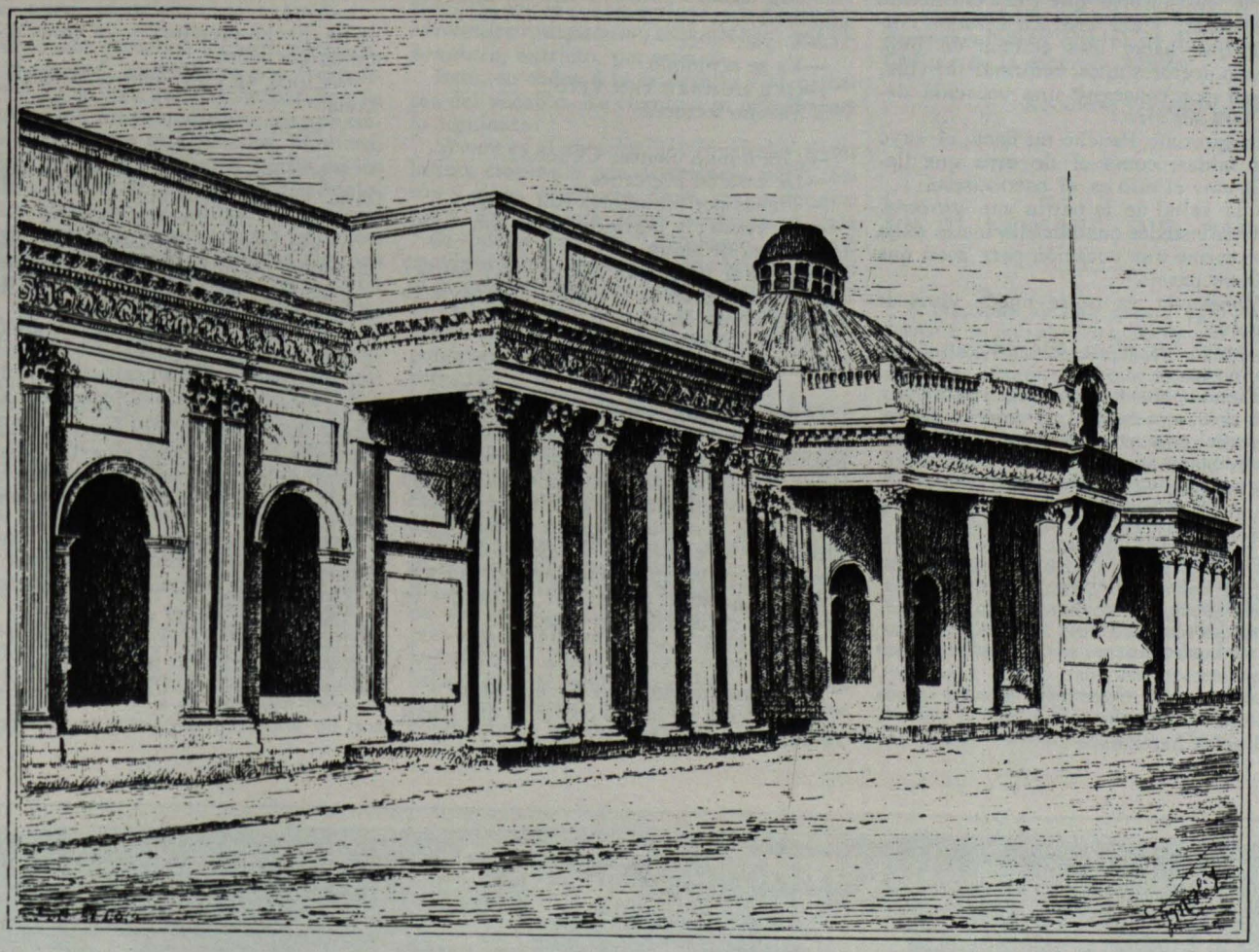
«Quien le dijera á Morillo
»De quien fuistes edecán
»Que aún mostraras el colmillo
»En los tiempos de Guzmán
»Se quedara hecho un zoquete
»Boves, con la boca abierta,
»Viendo que aún vive el cadete
»Que lo acompañó en La Puerta.»

Atribuyo el que se considere á Meserón como caso de longevidad á su vida fecunda en toda suerte de labores, y á que desde muy joven empezó á figurar y á formar parte de los círculos literarios y artísticos. Ciertamente creo que todavía imberbe se hizo conocido dando á la publicidad fáciles y galanos versos, artículos en prosa llenos de gracia, y sobre todo, producciones musicales que alcanzaron inmensa boga. Hoy por hoy, un tanto desencantado como está, nos suelta cuando menos se espera un «Si yo mandara» en octavas reales, ó una correspondencia á *Don Simón*, donde derrama toda la sal y la pimienta de los frascos del Casino, ó una danza con tal zandunga que le pone á usted á bailar con una silla.

Si el hombre es un compuesto de carne y espíritu, Meserón y Aranda es la escepción evidente de la regla: en él no hay más que espíritu, y creo que no alcanzaría toda la carne de su cuerpo para hacer, no digo una chuleta, ni una albóndiga. Ahí está su retrato que no miente.

Me falta una faz de Meserón que no es posible dejar en la penumbra, porque después de la artística es la más resaltante en su persona: el hombre de negocios. Hasta hace doce años, habiendo fundado gran número de empresas, nunca había sacado de ellas sino *su cuerpo gentil*, no obstante su reconocida habilidad en los negocios. Sólo de 1880 para acá ha logrado formar un modesto patrimonio cuyo origen no carece de interés, razón por la cual lo doy á conocer á mis lectores.

Cuando estableció en el pintoresco Macuto el primer hotel, sólo tenía en el portamonedas diez y siete pesos. Tomó una casa pequeña con una puerta al frente y otra al fondo, y surtió la bodega con sólo vino de ganso, es decir, con agua fresca de la fuente. ¿Pedía un huésped cerveza? Meserón sacaba una llave, que el huésped creía de la cueva, y se la entregaba al criado, quien tomaba hacia el interior de la casa, abría la puerta del fondo y compraba la media botellita en la vecina pulpería. Los baños y la moda haciendo afluir á Macuto crecido número de personas, notoriamente en cierta temporada del año, fueron coadyuvadores de Meserón, quien á la fecha posee un espacioso, pintoresco y bien servido hotel, centro principal de reunión de los *temporadistas* y punto de estación de casi todos los pasajeros que entran, salen ó pasan por el puerto de La Guayra.



PALACIO FEDERAL.—CARACAS

(CONSTRUIDO POR EL INGENIERO SEÑOR ROBERTO GARCÍA)

—Sí, amigo mío, me decía hace pocos días, me establecí en Macuto con di-ez y sie-te pe-sos y me-dio, ahí en aquella casa... (y me refirió lo de la cerveza y las dos puertas). He logrado el modesto bienestar que me ves, á fuerza de honradez y laboriosidad. Tengo numerosos amigos; todos han cooperado á mis empresas. Hoy daría lo que tengo, por sólo lo necesario para retirarme á vivir en cualquier parte de Europa donde halle satisfacción para mis ideales artísticos: terminar mis días, sin zozobras, recreando mi espíritu en la contemplación de las grandes obras de arte!

Si la laboriosidad y el espíritu de empresa dieran siempre positivo resultado, Meserón fuera hombre rico.

Una observación: todas las empresas de Meserón y Aranda han sido civilizadoras.

M.

Abril 1892.

LOS VIVOS

La vida es el alma.

Un *vivo* es, pues, un hombre que tiene alma.

Y ahora caigo.

Miren ustedes, yo no sabía que mi novia era filósofa: pero sí que lo es.

Hay veces, sobre todo en las noches que están *cogiendo gente*, yo le digo: «me muero de amor por tí» y ella, como segura de que los muertos son los que no tienen alma, me replica, *si tú no tienes alma.*

Y yo entonces como suspirando, le digo, hija, estás engañada, yo lo que no tengo es dinero; si el alma bastara para ciertas cosas, ya tendríamos con la que yo tengo para muchos años de subsistencia.

Pero: ¿qué tienen que hacer ni mis lectores ni mi artículo con estos desahogos noviazgales? . . .

Mejor es que vaya á mi propósito y así todos quedarémos contentos.

Los *vivos!* . . .

Nunca ha tenido más trascendencia que hoy en la vida humana, esta palabra.

¡Quién lo creyera! y tan pequeñita, si apenas tiene dos sílabas como si dijéramos dos palmos!

Se parece tanto á una vecinita que yo tengo; que cada vez que la veo tan *chiquita* y tan remonona me barrunta decirle *viva requeteviva!*

Desde Job, que es más viejo que don Vicente, aunque no ha sido como él soldado de caballería ni otras cosas, se viene diciendo que la existencia es una lucha.

Y es la verdad.

La vida es más que brega: es cachetina.

¿Y de quiénes me diréis?

De los *vivos* contra los tontos.

Hay una parte de la humanidad que *vive* y por ende siempre lleva sonrisas: hay otra que *tontea* y pasan los pueblos, pasan los hombres, pasan las mujeres, y ella ¡la pobre! cada día va con la enjalma.

Los *vivos* han sido siempre en el mundo menos que los tontos: pero aquí en Venezuela como una honra *criolla* pasa lo contrario.

En cada revuelta de una esquina se encuentran ocho; en las avenidas del Capitolio hay ocho mil por lo menos: en la Plaza Bolívar, así contados de ligero, no faltan dos ó tres mil: en el Palacio de Justicia son incontables y en la Casa Amarilla, yo no sé cuantos haya porque nunca he entrado en ella, pero no debe haber ninguno.

Además: nuestros *vivos* tienen una originalidad, y es que son de lo más fino que en la especie se conoce.

Son como los cigarros de El Cojo, como los zapatos de Octaviano, como los licores de Escofet.

Y esto lo digo porque lo dicen ellos: porque lo que soy yo, ni fumo, ni me calzo, ni bebo.

Esto lo hacen únicamente los *vivos:* á los tontos sólo nos queda la triste suerte de que nos calcen, nos fumen y nos beban.

¡Qué bueno es ser vivo! . . .

Pero bien: séalo usted, me diréis.

Ay, hijo, si por mí fuera, pero para eso se requiere tener vocación y decidida, eficaz como la que tienen hoy las niñas para *cantar*, *bailar*, *tocar*, *dibujar* y *francear.*

Es verdad que esta vocación se forma y muy fácil.

Ante todo necesita uno regalar la vergüenza porque no le hace falta, antes bien le perjudica, hacer donación del honor, porque

Honor es un avechucho
De complexión delicada
Que no nos sirve de nada
Pero nos priva de mucho;

y pelear con la verdad, diciendo siempre lo adverso de lo que uno sienta: aunque Ripalda enseñe lo contrario.

Pues ¡qué Ripalda ni qué calabazas! . . . aquí no hay más que seguir el nuevo cate-

cismo de costumbres que Fray Guillermo va á publicar, y del cual *La Opinión Nacional* piensa hacer una edición de lujo. Yo pienso, lectores míos, reformar mi vida, y trabajar por conseguir una vocación decidida para ser *vivo*.

Yo tengo como Pancho mi flaco; el suyo son las faldas, como el de otro que llaman *Coroto:* el mío es el patriotismo.

Sólo la salud de la patria me *alistará:* pues miren ustedes cuando ella me lo exija voy á crearme una vocación para *vivo* que va á ser un pasmo.

En Venezuela ya no se puede vivir de otro modo.

Son tantos los *vivos* que ahogan á los que no lo somos.

—¿Tiene usted una casa de venta? . .

—Oh sí y muy central, y muy cómoda, y de condiciones climatéricas admirables.

—Pues bien, es mía.

—¿Y no pide usted precio?

—Cualquiera es lo mismo, el que va á comprarla no regatea.

—Será un capitalista.

—No se *equivica* usted.

—¿Quién es?

—Don Crispín.

—Usted se chancea, si ese hombre es un mendigo.

—Calle usted: tiene hoy 500.000 pesos de capital.

—¿Los ha heredado?

—No, señor: hace tres días que fue nombrado . . . . . .

—Y ya . . .

—Ya se acomodó.

—QUÉ HOMBRE TAN VIVO!

Y va uno lectores.

. . . . . .

—¿De dónde vienes, Chucho?

—De casa de Mercedes.

—Tienes por fin amores con ella?

—Sí, chico; y corridos como son todos los amores de ahora . . .

—Y no se te enojan Margarita y Luisa?

—No: engaño á las tres, me divierto con ellas y las bailo.

—*¡Eres vivazo!*

Y ahí va otro, lectores . . . . . .

. . . . . .

Señora, señora, venga usted que el muchacho éste, está acabando con la casa: ha hecho un harapo de su traje de seda: ha echado un frasco de arsénico en la olla del hervido, ha montado el gato en la mesa y han venido al suelo todos los platos, y por último se ha empinado la botella de ron: y está arrojando zapos y culebras por la boca.

Juancito, estate quieto, mi hijito, ¡si es que es un muchacho tan *vivo!* . . .

Y va otro, lector . . . . . .

. . . . . .

¿Has descansado ya de tu acreedor? . .

—Cómo nó, he hecho con él lo que Juan Tenorio con Luis Mejías

—¿Cómo así?

—Verás: le he delatado como faccioso, le he hecho prender, y ya verás no tengo quien me cobre.

—Chico, tú eres más *vivo* de lo que yo creía.

Y va otro, lector.

. . . . . .

Y si siguiera, estoy muy seguro que agotaría vuestra paciencia.

Fuera de lo interminable.

Y eso que no he pasado de los *vivos:* díganme ustedes si entrara con las *vivas.*

Que las hay muchas, muchísimas, de especies y naturalezas diferentes.

Pero mejor es dejar eso para otro día y entre tanto hacer todo lo que menester sea para uno volverse *vivo* si no lo es, y si no quiere morir tristemente de hambre y de abandono á la faz de los *vivos* que cada día huelgan más en este liberal país.

Porque escrito está. Bienaventurados los *vivos* porque de ellos es la Venezuela heroica y libre.

Con que, lector, al avío y no perder tiempo.

Que más vale un *vivo* que cien *tontos* y si Dios no se digna meter aquí su mano y voltear la tortilla, en este país no podrán vivir sino los *vivos*, los muy *vivos*, los que se alcancen en lo *vivo.*

DAVID.



LOS TRAMPOSOS

EXPONTÁNEO (ESPONTÁNEO)

No hay razón para que algunos escriban, ya con tenacidad, *expontáneo* por "espontáneo;" y no se crea que tal barbarismo se halla prohijado únicamente por los que imprimen carteles de espectáculos públicos, pues que lo vemos emplear á porfía en los llamados artículos de política, en disertaciones bien pensadas, y ¡quién lo creyera! hasta en decretos ú otros actos oficiales. Ya nos ocuparémos en considerar algunos otros errores, no menos crasos, tales como los de escribir: *exhuberante*, por exuberante; hombre *connotado*, por expectable, ó de cuenta; la *ciudadanía*, por los ciudadanos, ó los habitantes de una ciudad; *coopropietario*, por copropietario; *irrespeto*, por falta de respeto; poner en inmediata *vigencia* la Constitución, por declararla inmediatamente en vigor; *amasar* riquezas, *arrojar* sombras, *atacar* sentencias, *arrancar* armonías, respectivamente por amontonar, empañar, impugnar, tocar con armonía ó de una manera agradable al oído.

Recuérdese que la letra *x* tiene en latín valor y fuerza de dos consonantes (*c* y *s*, *g* y *s*) cuando están en medio ó fin de dicción, y que de tal origen ha pasado al castellano, en cierto modo, con ese sonido doble, algo parecido al de la *k* ó la *g*, seguidas de *s*. Y tengámoslo muy presente, para que no nos alcemos á mayores y escribamos, confundiéndola con la *s:* escomulgar, espatriar, por *excomulgar*, *expatriar;* expontáneo, por *espontáneo;* extricto, por *estricto.*

Esto, en orden á la ortografía y la ortoepia del vocablo. En cuanto á su origen, hay lo siguiente:

Sponte es el ablativo del inusitado *spons* latino, empleado con frecuencia por Cicerón y otros escritores de la época del alto latín. Es corriente como adverbio, y vale "de buena gana," "de propio motivo ó movimiento." No es otro que este adverbio el origen del adjetivo latino *spontaneus*, y de este procede á su vez, el nuestro *espontáneo*, con sus afines: espontáneamente, espontanearse, espontaneidad, y el anticuado espontil.

Igual origen tienen los vocablos franceses: *spontané*, *spontanéité*, *spontanément*, como también los ingleses: *spontaneity*, *spontaneousness*, *spontaneously*, y el adjetivo *spontaneous*, correspondiente al nuestro *espontáneo.*

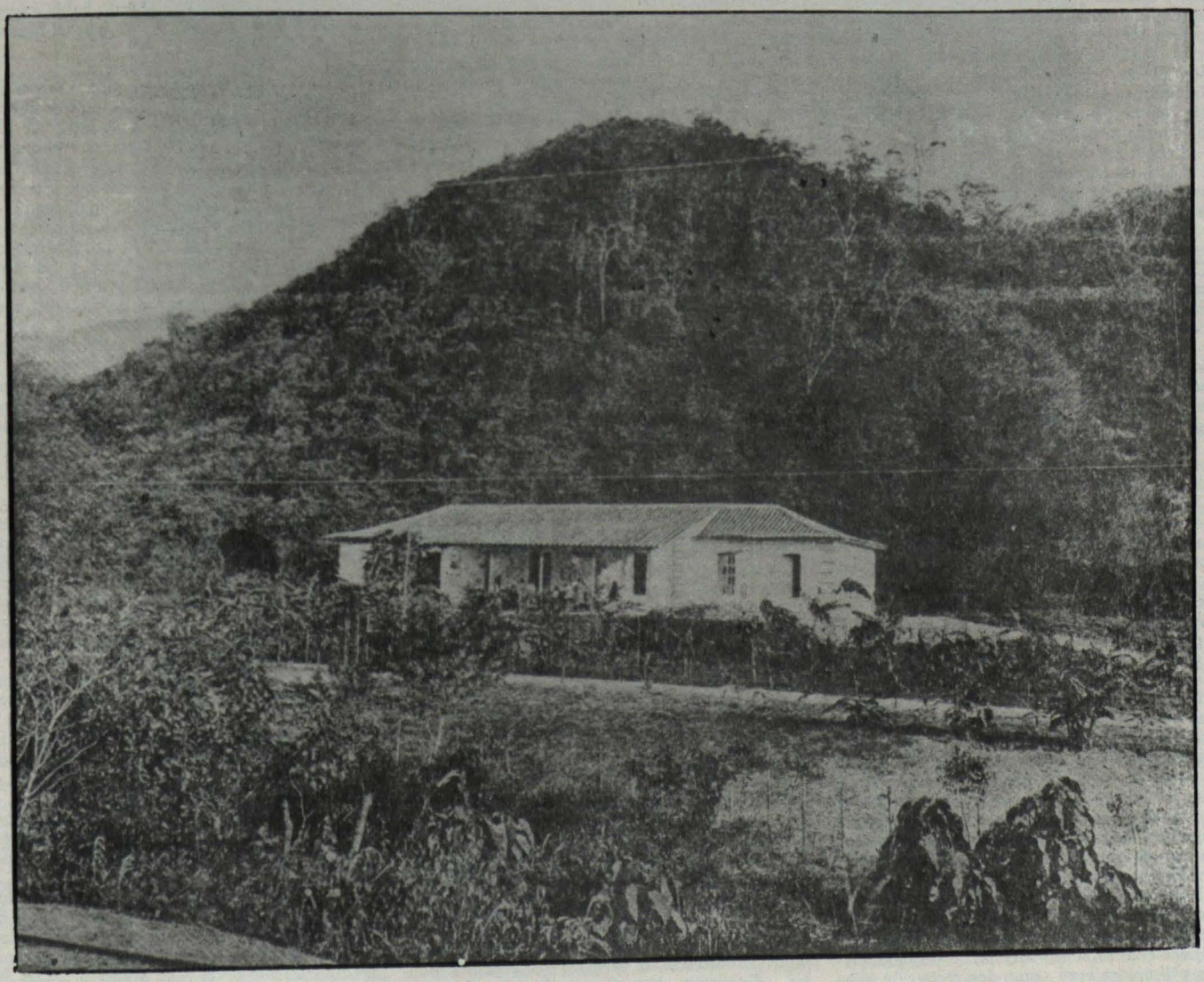
Nótese, por último, que ni el castellano ni el inglés han renegado de su origen latino, tocante á la conservación de la *s* líquida de *sponte* y de los demás vocablos que por ella empiezan (lat. *stipulare;* ing. *to stipulate;* fr. *stipuler;* esp. *estipular.*) Nosotros, los que hablamos el idioma de Castilla, sin renegar de él, ni mucho menos, combinamos siempre dicha *s* con una *e* inicial,—especie de licencia á que acudimos por demandarlo así nuestro oído, acaso más descontentadizo que el de los hijos de la Galia y de la soberbia Albión.

RICARDO OVIDIO LIMARDO

EN EL NOMBRE DEL PADRE...

A principios de este mismo siglo que ya se acerca á su fin; algo después de que echamos al invasor con cajas destempladas, y un poco antes de que se afianzase. á costa de mucha sangre y disturbios, el hoy desacreditado sistema constitucional, había en la entonces pacífica Marineda cierto tenducho de zapatero. muy concurrido de lechuguinos y oficialidad, por razones que el lector malicioso no tendrá el trabajo de sospechar, pues se las diremos inmediatamente...

Llamábase el maestro de obra prima Santiago Elviña, y sería la más gentil persona del mundo, si no adoleciese de dos ó tres faltillas que, sin desgraciarle del todo, un tantico le afeaban. Eran sus ojos expresivos y rasgados, pero en el uno, por desdicha, tenía una nube espesa y blanca que le impedía ver: y su tez fuera de raso, á no haberla puesto como una espumadera las viruelas infames. El cabello (que en sus niñeces es fama lo poseyó Santiago muy crespo y gracioso) había volado, quedando sólo un cerquillo



LAS TRINCHERAS

muy semejante al que luce San Pedro en los retablos de iglesia. Y aún con todas estas malas partes ostentaría el zapatero presencia muy gallarda, á no habérsele quedado la pierna izquierda obra de una pulgada más corta que la derecha, y estar el pie correspondiente á la pata encogida algo metido hacia dentro, y zopo. Hasta se asegura que de este defecto se originó la vocación zapateril de Santiago, puesto que necesitaba calzado especial, con doble suela de corcho, y por deseo de calzarse bien, dió en aprender á calzar á los demás con igual perfección y maestría.

Porque eso sí: de las manos y de los brazos, no solamente no era zopo Santiago, sino tan listo y bien dispuesto que no había forma que se le resistiese, ni labor que no sacase acabada y primorosa. Así contorneaba el menudo chapín de tabinete negro que lucía en Semana Santa la mujer del Comandante de armas ó la sobrina del Deán, como batía la fuerte suela de las recias botas de soldados y marineros. Daba gusto ver un par de calzado en el instante crítico en que Elviña, extrayéndola de la hormaza, lo alineaba juntándole las punteras; y, echándose hacia atrás, se recreaba en contemplar el brillo charolado, la limpieza de los puntos, la pulcritud del encerado reborde de la suela, y, en fin, todos los detalles que hermosean una obra maestra de zapatería.

Pero... no le sacasen de su oficio al buen Santiago; fuera de la habilidad pedestre, no se buscase en él otro mérito ni señal de agudeza, discreción, ingenio, oportunidad ó donaire. Había nacido llano de entendimiento, pobre de espíritu, crédulo en demasía, más que por necedad y simpleza, por candidez y bondad de corazón: era su confianza en el género humano tan extremada, que si teniendo manos de oro para su oficio no estaba ya rico, había que atribuírlo á los infinitos pufos y chascos que le costaba su ingenuidad inverosímil; y sería cuento de nunca acabar citar nombres de personas descaradas que andaban por Marineda calzadas de balde, á cuenta del seráfico Elviña. Y es lo bueno que si algüien le daba matraca sobre el asunto, respondía moviendo la cabeza (pues era, aunque tan infeliz, unas miajas terco y tozudo.)

—Pues si me debe los escarpines, peor para él. En el otro mundo tendrá que pagármelos con réditos. Sobre su alma van. A no ser que el infeliz no tenga; que entónces... Al que no tiene, el rey le hace libre. Allá arriba hay quien lleve cuentas... ¡y bien justas!

Con su cutis de criba, su nube en el ojo, su cabeza pelada y su pata coja, Santiago consiguió la dicha de encontrar una esposa, no sólo ejemplar, sino de harto buen palmito y más que medianas entendederas comerciales. Bajo su dirección prosperó la casa, creció el modestísimo peculio, hubo aseo en la tienda, y en el hogar paz y abundancia. La zapatera discernía de parroquianos, dirigía la venta y entrega del género, y precavía las inocentadas del marido, cobrando á tocateja. Convencida de la edad moral de su esposo, se había erigido en su protectora, y solía decir: "¡Qué sería sin mí de este *pobriño!*"—La dura suerte quiso que pronto conociese Santiago cuánto perdía al faltarle el numen tutelar... Murió la esposa dando á luz una niña..., y Santiago quedó solo, y con el quebradero de cabeza de sacar adelante á la rapaza.

Esta,—que se llamaba Margarita,—se crió de milagro: el padre la alimentó con vasitos de leche y sopas, ayudado de las vecinas compasivas, que eran todas en aquel barrio del Jardín; y jugando con recortes de suela, retazos de cordobán, leznas y martillos, la muchacha creció, fué espigando, formándose, engruesando, echando carnes y lozaneando lo mismo que albahaca en tiesto, ó rosa en rosal. Si entonces se conociese el poema de Goethe y la ópera de Gounod, no faltaría quien encontrase poética semejanza entre la amante de Fausto y la no menos humilde Margarita zapateril: porque ésta tenía, como aquella, el pelo rubio lo mismo que el oro, el aire modesto y jovial á la vez. No era delgada ni pálida, sino fresca y mórbida, como suelen las hijas de Marineda; fina pelusa suavizaba su tez; sangre juvenil y pura coloreaba sus mejillas, y sus ojos verdosos y límpidos eran como dos *pocitas* de agua de mar, en que se refleja el cielo.

¿Vas comprendiendo, sagaz lector, por qué estaba tan concurrida de oficiales y lechuguinos la tienda del buen Santiago Elviña?

Al llegar á la edad en que la niña se transforma en apetecible mujer, Margarita había descubierto, sola y sin ayuda ni consejo de nadie, el secreto de realzar la belleza con inocentes y baratos artificios, como el artístico peinado, la flor en el corpiño, el zapato bien hecho (tenía la fábrica en casa), el vestido de pobrísimo *guingán* ó *zaraza*, cortado con gracia y adornado... por la hermosura de quien lo vestía. Sin más arte ni más dispendios, Margarita era un sol, y casi me parece ocioso advertir que su padre la contemplaba, á hurtadillas, con pueril orgullo.

Y verán ustedes la composición de lugar que hizo para sí el zapatero: "Todos dicen que mi hija es muy bonita y muy preciosa. ¡Vaya si lo es! No dicen sino la verdad. Aún se quedan cortos, porque vale más de lo que piensan; como que reune, á esa belleza física, otra cosa preferible; el genio de una santa, y mucha alegría, y mucho despejo, é igual disposición que su difunta madre para el gobierno y arreglo de la casa y el manejo de los cuartos. Como al mismo tiempo es tan buena y tan religiosa, ya sé yo que no tendrá un mal pensamiento ni una acción liviana. Reunida su fama de hermosa á su fama de honesta, no será ningún milagro que se prende de ella un señorito... y si no un señorito, por lo menos un artesano acomodado, como Nicéforo el ebanista, que tantas vueltas anda dando alrededor de mi tienda. El que se enamore de ella, ¿qué ha de hacer, sino venir inmediatamente á pegar conmigo, y decirme:—Señor Santiago, yo quiero á Margarita, y esto, y esto, y lo otro.—Y yo, ¿qué he de contestar?—En siendo ella gustosa..., esto, y aquello, y lo de más allá.—Y á la Iglesia...y al año, nietos."

Muy orondo vivía con semejantes esperanzas Santiago Elviña. Nunca había tenido tanta ni tan lucida parroquia. Toda la oficialidad de la guarnición puede decirse que se surtía allí, en términos, que fué preciso tomar aprendices, y velar muchas noches hasta las doce y la una. Los militares pagaban al contado, no regateaban nunca, alababan el género, y por añadidura decían á Margarita cosas de miel. Santiago estaba prendado de tal clientela.

Uno de los mejores clientes era francés, y se llamaba Armando Deslauriers, maestro de armas del regimiento de Borbón. Tenía este tal muy arrogante muslo y pierna, y gustaba de realzarla, cuando salía á caballo por las tardes, con ciertas botas de montar de arrugado charol, que, según decía, nadie sabía hacer en España sino Santiago. Ni era la bien trazada pierna el único atractivo que realzaba al profesor de esgrima; podía envanecerse y alabarse de unos bigotes castaños, lustrosos de cosmético, un cuerpo ágil y estatuario, que el diario ejercicio del florete volvía más airoso, y, en el ramo de indumentaria, preciarse de una colección de látigos con puño de plata, calzones de punto, corbatas flotantes y dijes de reloj en extremo caprichosos; todo lo cual hacía á Armando Deslauriers muy peligroso para el mujerío marinedino de cualquier estado y condición—señoras y artesanas, dueñas, casadas y doncellas. Hay que añadir que la profesión de Deslauriers imponía á padres, maridos, hermanos y novios.

Como íbamos diciendo, el guapetón maestro de armas dió en aficionar á las botas que fabricaba Elviña, y no pasaba momento sin que viniese á indicar alguna reforma ó mejora en las que poseía, ó á examinar como marchaban las que el zapatero tenía en obra. Ya era un pespunte más apretado, ya un forro media pulgada más alto, ya la borla que se había estropeado y hacía falta una nueva... Cada episodio de este género daba pretexto á Deslauriers para divertir largos ratos en la zapatería, sentado sobre una silla medio desvencijada, charlando y refiriendo, con labia y acento francés, si bien en muy inteligible castellano, anécdotas de la guerra, cuentos chistosos, que hacían reir de bonísima gana á Elviña...

De pronto pareció como si Deslauriers les hubiese perdido todo el cariño á sus botas de montar. Corrieron días, días y días... y ni asomó por la tienda. Santiago no paró la atención en tal fenómeno, porque otro gravísimo para él le absorbía y preocupaba. Margarita estaba enferma, muy enferma.

Y ¿de qué? ¡Vaya usted á averiguarlo! ¡Vaya usted á saber por qué una mocita de diez y seis ó diez y siete adelgaza, rehusa la comida, se vuelve más amarilla que un limón, tiene siempre ojos de llorar y cara de morir, se encierra en su cuarto y se pasa el día echada sobre la cama ó sentada en un rincón oscuro, caído los brazos, caída la cabeza, sin responder cuando le hablan y sin decir, por más que la acosen y pregunten, ni qué le duele, ni el origen de su mal!

Así razonaba Santiago Elviña y así contestaba á las vecinas que, en distintos tonos, preguntaban noticias de la muchacha ó comentaban su retraimiento... Un día, casualmente, fué el zapatero á confiar sus pesares á la madre del ebanista Nicéforo, aquel pretendiente asíduo de Margarita, que un año antes le rondaba la calle sin descanso. La comadre callaba, rascándose el moño con las agujas de hacer media. Por último respondió á las lamentaciones de Elviña, pero con palabras truncadas y reticentes.

—Y usted qué quiere, señor Santiago... Las muchachas que son... así...piensan que el mundo es ancho y que no hay más que divertirse y campar... Les gustan los señoritos de bigote retorcido, los que gastan espuelas y trotan á desempedrar la calle... Desprecian á los artesanos honrados, á los hombres de bien, que las pretenden para casarse y hacerlas reinas de su casita... y se van con esos tunantes, que están hartos de burlarse de todas... ¡Ya se ve!... Luego las chicas se tiran de las orejas, ¡y las orejas no les sangran!

Digna era la cara de Santiago, en aquel momento, del pincel de un gran artista. Creo que hasta el ojo tuerto despedía chispas y lumbres.

—¡Señora Clara! ¡Señora Clara!—tartamudeó... y de pronto, recobrando habla expedita y el uso de sus potencias, gritó con tal fuerza, que se asustó á sí propio:

—¡Embustera!! ¡Embustera!!

—¡Embustero usted!—replicó la mujer furiosa, levantándose como una sierpe.—¿Nos querrá dar la papilla de que no sabe la verdad? A los tontos con eso..., que aquí no nos chupamos el dedo, señor Santiago. Y ya que habla tan gordo..., ha de oir! He de decir que estamos hartas las madres de familia del mal ejemplo de su hija, y de verla escandalizando el barrio con el demontre del franchute, allá por los bancos del Jardín, á las doce de la noche. ¡Valiente *cara lavada!* Aquellos paseos ¿en qué quería que acabasen? Vaya preparando—añadió con ironía sangrienta—pañalitos para lo que salga... De aquí á siete años, aprendiz nuevo en la zapatería..

Santiago no contestó. Atonía completa. Su garganta no podía formar sonidos. De pronto se llevó las manos á las sienes, y partió corriendo, con toda la rapidez que consentía el pié lisiado. Entró en su casa lo mismo que un obús, y subió derecho al cuarto de Margarita...

Se ignora lo que hablaron hija y padre, aún cuando puede deducirse de los consiguientes sucesos.—Cosa de una hora después de la conferencia, Santiago se puso camisa limpia, sacó del fondo del arca la ropa dominguera, se calzó un par de botas nuevas chillonas, y metiendo mucho ruido con suela y tacones se dirigió desde su morada al cuartel de Borbón, situado detrás del Jardín. Preguntó por el maestro de armas, *Sr. Delorié*, y le hicieron pasar á un cuarto donde el francés bebía y fumaba, en compañía de varios oficiales.

Al pronto nada vió el ofendido padre,—tal era de espeso el humo del tabaco allí;—pero no tardó en columbrar al través de la niebla á su ofensor, que se adelantaba copa en mano.

—Hola, señor Elviña... Qué agradable sorpresa, señor Elviña... Usted por aquí... Qué honor tan grande... Siéntese, y acepte un sorbito de ron.

Aquella acogida dejó suspenso al zapatero. Conoció que sólo ver el rostro del francés le hacía temblar de ira, y que otra vez le era *imposible* hablar. Maquinalmente aceptó la copa de ron, y maquinalmente se la echó al coleto... Los hombres sobrios disponen de un recurso más que los intemperantes. El ron soltó inmediatamente la lengua de Elviña.



La Casa Amarilla

—Tengo que decirle á usted,—pronunció entono categórico,—pero aquí no: ha de ser á solas.

—¡Oh! ¡A solas nada menos!—contestó el francés remedándole.—¡Y para qué, señor! Todos saben aquí el objeto de su venida. Nadie ignora que yo he *derogado* diciendo cuatro chicoleos á la señorita Margarita..., y que usted y ella pensaban de tenerme cautivo! Y á propósito, ¿cómo está? ¿Siempre tan bella? Preséntele usted mis cumplimientos...

Santiago se sintió temblar nuevamente. Sus dientes castañetearon..., y no era de terror!...

—Otra copa de ron,—contestó, alargando la mano.

Los oficiales se agrupaban ya en torno de él, celebrando con risotadas y bromas la escena. Elviña apuró el licor, y sintió que le encendía las entrañas.

—Ya que no quiere usted hablar á solas, hablaré delante de todos. Me es igual. No ha de ser más negro el cuervo que las alas. Vengo á que se case usted con mi hija, en el término de veinticuatro horas.—Si dentro de veinticuatro horas no se ha casado usted, le mato como á un perro.

Redobló la algazara, y Deslauriers hizo una cortesía irónica.

—Señor Elviña, muy agradecido al honor que usted me dispensa pidiéndome mi blanca mano para su preciosa hija..., y yo sería su marido con la mayor satisfacción!... pero tengo hecho un voto..., ¿no se dice así? de castidad..., ¡vamos! de permanecer doncello.

Aquí la risa de los circunstantes fué tan ruidosa, que hizo retemblar los sucios cristales de la estancia. Santiago calló; apretó los dientes, cogió la botella del ron, llenó otra copa, bebió otro sorbo..., y de improviso, sin chistar alzando la diestra, se arrojó sobre el maestro de armas... Diez ó doce brazos se interpusieron entre él y Deslauriers, no tan á tiempo que la mano del zapatero no hubiese rozado ya ligeramente la sien de su enemigo. Al verse sujeto, por reacción impensada y súbita, el zapatero... se echó á llorar,

á llorar perdidamente! Y el maestro de armas, que había contraído las cejas cuando se viera amenazado de un bofetón, al oir los sollozos del padre se aproximó á él, no sin dirigir antes expresivo guiño á los oficiales que le cercaban.

—¡Oh! ¡Señor Elviña! ¡Oh! Usted me ha ofendido gravemente... Usted me ha levantado la mano... Esto es muy serio, ¡ah!, entre gentilhombres... Sean testigos, señores, de la ofensa. ¡El señor Elviña me debe una reparación! Una reparación en el terreno del honor... ¡Ah!

—¿Oyé usted, Elviña? ¡Que le debe usted una reparación al señor Deslauriers!

—¿Reparación?—balbuceó el zapatero sin comprender, con voz mojada en lágrimas.

—Sí... Que tienen ustedes que batirse.

—¿Batirnos?—contestó el padre.—¡Claro que nos batiremos! ¡Había de quedar así! Ahora, sin tardanza... Salga usted ahí fuera... Porque aquí me sujetan todos.

—¡Oh! No lo entendemos lo mismo, señor Elviña... No ha de ser una cachetina vulgar, sino un lance como entre caballeros. El honor lo exige...

—¿Y no me sujetarán los brazos? ¿No se meterán en medio estos señores?—Gimió el mísero.

—¡Sujetar los brazos! ¡Cómo se entiende! ¿No le digo que se trata de un lance de honor?

—Pues corriente... ¡Vamos allá! De cualquier modo...

—No, no, ahora no; no conoce usted las leyes de la cortesía, señor Santiago... Los lances son de madrugada siempre... Mañana por la mañanita, en el Jardín... Estos señores serán padrinos... A las seis le aguardamos. Soy el ofendido y escojo el sable.

—¿Me dan ustedes palabra de no sujetarme?—repitió con desconfianza, asombrosa en él, Santiago Elviña.

Le aseguraron que al día siguiente nadie se colocaría entre él y Deslauriers...

—Pues hasta mañana!

—Verán ustedes qué *bonne farce*,—dijo el francés cuando el pobre diablo hubo salido.—*Cet animal lá* no ha visto un sable. Le daré una paliza, para que no vuelva á molestarnos... y luego le traeremos aquí y le emborracharemos con ron...y le haremos bailar. A fin de que la broma sea completa, y que vean que no quiero abusar de su bobería; como él es tuerto, yo me vendaré un ojo... *Nous allons rire*!

. . . . . .

Dígase la verdad, aunque redunde en mengua del heroismo del zapatero: durmió bien poco aquella noche. A las cinco en punto entraba en la capilla de la Angustia á oir misa de alba. Oyóla con devoción; rezó varias salves; y al salir, la casualidad, ó un instinto difícil de explicar, le movió á fijar la mirada en el relieve que campeaba en el frontón de la portadita. Era la Virgen con su hijo muerto en brazos, advocación que se conoce por la Angustia. Santiago recordó á Margarita, á quien había dejado entregada al sueño..., y el único ojo válido se le nubló, con lo cual puede decirse que no veía.

—Debí beber un trago de ron para tener ánimos—pensaba, miéntras se dirigía al Jardín.

Ya le esperaban en él Deslauriers y el grupo de oficiales, que al verle llegar cambiaron codazos y sonrisas. El zapatero, cerrando los puños, iba á embestir contra el espadachín... Los fingidos padrinos le detuvieron. ¡No sabía él el ceremonial de un lance de honor! Pues iban á explicárselo, punto por punto... El sable se coge así, se juega así...

Santiago esperó, resignado, abatido, y empezaron los requisitos burlescos. Hubo reparto de sol, cotejo y examen de armas, medición del terreno, todo con gran aparato; luego fué vendado Deslauriers, para que se igualasen las condiciones... Despojóse Santiago de la chaqueta, Armando de la casaca, agarró cada cual su chafarote, y se oyó una voz que decía: "Atención á la señal." Los curiosos aguardaban, muertos de risa, el duelo de un maestro de esgrima con un zapatero cojo, que nunca empuñara un arma... Deslauriers, gallardo, risueño, en elegante posición de consumado duelista, tenía apoyada contra el suelo la punta del sable... "¡En guardia!" volvió á gritar el padrino.

Lo mismo fué oirle Elviña, que exclamar en alta voz: "En el nombre del Padre y del Hijo...," y correr blandiendo el sable, antes que su enemigo, cubierto un ojo por la venda, pudiese hacerse cargo del inesperado movimiento. Al decir "y del Espíritu Santo," ya la hoja había pasado al través del cuerpo del seductor, que vacilaba un momento, tambaleándose, y, abriendo los brazos, caía desplomado á tierra... Un golfo de sangre salía de la herida, formando al rededor del cadáver una especie de laguna roja.

EMILIA PARDO BAZÁN

NO CANTO YA

—

¿Dónde está la lira, trovero, no escuchas
El ruido del cielo . . . Poeta, no cantas?
Los sueños te brindan sus besos de oro,
La flor su amplio cáliz sediento de auras,
La dicha sus rubios heraldos de goce,
Venus sus turgencias, sus curvas de estatua;
Hay húmedos labios con raudos efluvios
De pétalos frescos, de flores del alma . . .
¿Dónde está la lira, trovero, no escuchas
El ruido del cielo . . . Poeta, no cantas?
Guárdate la lira, no escuches al mundo,
Poeta no cantes, no puedes, no es hora . . .
Oprime en silencio las curvas de estatua,
Oculta que muerdes los dedos de rosa,
Que ignoren que amas, que mueres de dicha,
Que no sepan nunca que dicha te sobra;
Si un grito imprudente, tus labios escapan,
Consagra á ella sola los himnos de gloria
Y guarda la lira, no escuches al mundo
Poeta, no cantes, no puedes, no es hora.

MIGUEL EDUARDO PARDO

La Habana: 1892.

ACUARELA

—

Cuando lo supo el infeliz artista,
Dicen que se encontraba iluminando
La más rubia sortija del cabello
Sobre la blanca frente del retrato.
Ya trémulo el pincel no obedecía
Y fue torpe al perfil su mano incierta;
Se le nubló la vista . . . y al instante
Se le mojó de llanto la paleta.
No sabe cuanto tiempo estuvo inmóvil
El infeliz artista, sollozando,
Allí, frente á la imagen vaporosa
De la rubia de frente de alabastro.
Mas luego que su orgullo se rehizo
Ante el fiero dolor que le acosaba,
Tomó el pincel, frenético y convulso,
Le dió la última luz con una lágrima.

MIGUEL EDUARDO PARDO

Febrero, 1892.

ESTACION BALNEARIA
DE
LAS TRINCHERAS

Esta Estación, situada entre Valencia y Puerto Cabello, en el valle denominado «Las Trincheras,» posee varias fuentes termales de una temperatura de 92°, sulfurosas-sodídicas.

El edificio de los baños se compone de una gran piscina que recibe el agua mineral caliente en la noche, para dejarla enfriar y de varios baños para una sola persona, con su gabinete; cada uno de estos baños recibe agua mineral fría de la piscina central y tiene una llave de agua mineral caliente para darle la temperatura que convenga; hay además, sobre los mismos baños calientes de donde se desprenden vapores sulfurosos, un baño de vapor con su gabinete abrigado para tomar los baños de vapor.

Los bañistas pueden alojarse en el hermoso Hotel que está al lado de los baños, donde encontrarán toda especie de comodidades.

En una hora se viene de Puerto Cabello á Las Trincheras en el ferrocarril, que dos veces al día sale de este puerto: á las 8½ a. m. y á las 3 p. m. La Estación está situada frente á los baños, á una distancia de 150 metros. La misma distancia hay de Valencia á los baños, y el ferrocarril viene dos veces al día, saliendo de Valencia á las 8½ a. m. y á las 3 p. m.

También hay baños de agua natural, y de éstas y las aguas minerales mezcladas en corriente. El clima es muy agradable, su temperatura media es de 24 grados, observándose con frecuencia en las mañanas y en las noches el termómetro en 18 grados. Los viajeros que van y vienen del Pacífico, pueden muy bien visitar estos baños, pues los vapores llegan ordinariamente en la mañana y no siguen hasta la noche, pudiendo aquellos regresar en el tren de las 3 p. m.

La descripción del sitio de las aguas fue hecha por el Barón de Humboldt hace 85 años, cuando lo visitó; y el Dr. Arístides Rojas la hizo conocer en un trabajo publicado por él. Hela aquí:

RELACIÓN DEL BARÓN DE HUMBOLDT

«Las fuentes cálidas, dice el viajero,—y es un hecho geológico muy notable,—no brotan al Sur de las montañas como las de Mariara, Onoto y el Bergantín, sino se abren caminos en la misma cordillera, casi en su declive norte. Más abundantes que cuantas habíamos visto hasta entonces forman un riachuelo, el cual tiene en tiempos más secos, dos piés de profundidad por diez y ocho de anchura. La temperatura del agua, medida con muchísimo cuidado, era de 90°-3 del centígrado; y después de los manantiales de Trijimo en el Japón, los cuales se asegura son de agua pura con 100° de temperatura, las aguas de Las Trincheras de Puerto Cabello, parece son de las más cálidas del mundo. Almorzamos cerca de las fuentes, en cuyas aguas termales se cocieron huevos en cuatro minutos. Estas aguas, fuertemente cargadas de hidrógeno sulfurado, brotan al pié de una colina situada del Sud-Sudeste al Nor-Noreste. La roca de donde salen las aguas es un verdadero granito de gruesos granos, semejantes al que contiene el Muro del Diablo en las montañas de Mariara. En los lugares donde las aguas se evaporan al aire forman depósitos é incrustaciones de carbonato calcáreo: quizás penetran aquellas al través de las capas de calcáreo primitivo, tan común en el Micarquisto y gneiss de las costas de Caracas. Sorprendiónos el lujo de la vejetación que rodea el estanque: mimosas de hojas delgadas y en forma de plumas, clusias é higueras han penetrado con sus raíces en el fondo de una ciénega, cuya temperatura era de 85°. Las ramas de estos árboles se extendían sobre la superficie de las aguas á dos y tres pulgadas de distancia; y apesar de que el vapor cálido humedecía constantemente los árboles, el follage de las mimosas ostentaba el más lozano verdor. Un arum de tallo leñoso y grandes hojas crecía en medio de una ciénega cuya temperatura era de 70°. Estas mismas especies de plantas vegetan en otros sitios de estas montañas junto á torrentes, en los cuales el termómetro no sube de 18°. Hay más todavía: á cuarenta piés de distancia del lugar donde brotan los manantiales que tienen 90° de temperatura se encuentran otras fuentes de agua enteramente fría. Durante algún tiempo unas y otras siguen una dirección paralela, y los indígenas nos enseñaban cómo cavando un agujero entre los dos riachuelos podrían á su voluntad proporcionarse un baño de temperatura dada. El río de aguas calientes se dirige al Nordeste, y ya cerca de la costa se hace considerable, se puebla de grandes cocodrilos, y contribuye por sus inundaciones á la insalubridad del litoral.»

TEMPERATURA DE LAS AGUAS

En 1800, Humboldt, 90° 4 c.
« 1823, Boussingault, 92° 2 y 97 c.
« 1852, Kanten, 97°
« 1859, Wall, 92° 22 c.
« 1884, Dr. W. Siervis, 91° 5 c.
« 1885, el Dr. Padrón encontró en tres chorros distintos 89°, 91° y 92°.

Altura de las fuentes sobre el nivel del mar: 320 metros.

Temperatura media: 24°, observándose el termómetro con mucha frecuencia en las mañanas y las tardes á 18°.

ANÁLISIS DE BOUSSINGAULT—1879

Silice	0,1270	gramos.
Acido sulfúrico	0,0340	«
Cloro	0,0580	«
Alumina y hierro	0,0120	«
Cal	0,0130	«
Magnesia	0,0060	«
Potasa	0,0140	«
Soda	0,2663	«
Materias orgánicas	0,1179	«
Litinia	vestigios.	
Gas-ácido sulfúrico	cantidad no determinada.	

Como se ve por el análisis que antecede, las

principales propiedades de estas aguas consisten en su alta temperatura y ser sulfurosas-sódicas; tienen, pues, las principales cualidades que se encuentran en las mejores fuentes de Europa y cuyas aplicaciones terapéuticas son tan importantes.

AGUAS CALIENTES

Las aguas calientes sirven para numerosas aplicaciones por sus virtudes terapéuticas; pero todas se refieren á las comunes de las aguas sulfurosas en general. Ellas convienen de una manera más especial en razón de sus propiedades sedativas en el reumatismo en general, aun en el estado sobre agudo, y sobre todo en el reumatismo nervioso; del mismo modo son de un empleo muy ventajoso en el tratamiento de las enfermedades dañosas fácilmente irritables en las neuropatías. Los reumatismos crónicos, las darmatosis, los accidentes atribuidos á la sífilis larvada ó á los envenenamientos metálicos, los catarros crónicos de los órganos génito-urinarios, y la metritis crónica. Se obtienen muy buenos resultados empleándolas como bebidas en las afecciones crónicas, catarros ú otras del aparato respiratorio.

AGUAS SULFUROSAS

Las aguas sulfurosas-sódicas como las de Las Trincheras, se emplean al interior y al exterior: sin embargo, es el tratamiento externo el que representa la medicación predominante de esta Estación, en que los agentes balneo-terápicos son múltiples.

LA LOTERIA

(INÉDITO)

A mí me importa muy poco la guerra que hacen los grandes economistas á la lotería.

Yo me atengo á lo que dice mi cocinera, que es una autoridad muy respetable en materia de economía.

Desde que se establecieron las loterías, *me dice* todos los días—que los comestibles se van encareciendo, que la carne ha subido, etc., etc.—

Eso es, para mí, más terriblemente cierto, que todo lo que diga Smith, y de ello deduzco que la lotería no es cosa buena.

Smith saca sus conclusiones de cálculos numéricos; yo saco las mías—del estómago, que es de donde sale la tremenda verdad de nuestra existencia.

Desde que hay billetes de lotería, todas las familias han tenido que disminuir su alimentación, porque es preciso contribuir involuntariamente á aumentar la de los loteros.

Nosotros nos vamos arruinando, en tanto que ellos viven entre el lujo y los placeres.

Eso es muy natural, y está apoyado por insignes teólogos que han dicho: *Es justo que viva del altar, el que al altar sirve.*

Las loterías sirven, para estimular el fraude; para fomentar la ociosidad; para distraer brazos de las industrias útiles, y para hacer despreciar las economías lentas, presentando á la codicia, la posibilidad de una riqueza fulminante; y es muy justo que vivan de las loterías, aquellos que las instituyen y fomentan.

Pero volvamos á la cocinera, que es la persona principal de las familias, sobre todo —cuando tiene relaciones de crédito en el mercado—como decía el inolvidable Bernabé.

La mía es una excelente mujer, que anda al rededor de medio siglo; que se confiesa en todos los jubileos, oficiosa y honesta, y que, aunque tiene tres hijos, hermanos de madre, nunca se ha casado, porque dice, con cierta malicia, que allá en sus lejanas mocedades, vió *tantas cosas!* . . . *tantas!* que no quiso nunca compromisos de por vida, sino á término corto.

Esta mujer en sus relaciones amorosas, inventó la fórmula de las *pólizas tontinas*, que después han explotado, con tanto éxito, las compañías de seguros de vida.

No es una gran aritmética, pero entrega siempre sus cuentas muy completas.

—*Carne*,—dice,—*ocho reales.*

Y es correcto: seis que vale la carne, y dos décimos de billete, que le ha dado el mismo carnicero, son los ocho reales completos.

El carnicero, que es un tunante, ha tenido cuidado de tranquilizar la conciencia de la pobre mujer, á buena cuenta de que fuera escrupulosa.

El la ha dicho, muy en reserva:

—Te voy á rebajar todos los días dos reales en la carne, á condicion de que los tomes en billetes: te los rebajo á tí, no es á ese bribón, á quien estás engordando con tu exquisito sazón: me dá dolor ver á una mujer como tú, llevando candela de Enero á Enero, como una condenada, y quiero hacerte feliz con un premio gordo.

La cocinera dudó al principio, pero después, el orgullo en fermentación y los halagos de una fortuna próxima, la convencieron por completo.

La arenga hizo su efecto, y ha servido para muchas cosas:

Primero—Para que la buena mujer me robe todos los días dos reales, sin el menor escrúpulo de conciencia, puesto que es un regalo que quiere hacerla el otro.

Segundo—Para que ella descubra que su marchante de carne se interesa mucho por su suerte, y que yo soy un bribón, cosa muy distinta de lo que ella creía antes de haber billetes.

Tercero—Para que cada vez que mata una gallina, aparte la presa más gorda y el caldo más jugoso, para hacer una fineza al marchante, que tiene tan alto concepto de su *exquisita sazón*, desde antes de probar su comida.

Cuarto—Para que comprenda que una mujer como ella, no debe llevar tanta candela en esta vida, habiendo premios gordos que pueden hacerla feliz.

Por supuesto que, desde el día en que tiene esta riqueza en perspectiva, ha cambiado completamente de carácter: es una tigra lo que tengo en la cocina: no se la puede hacer la más leve indicación, sin que salga resongando entre dientes—*el día que me saque el premio, le voy á tirar los tizones encima.*

¡Oh poder del dinero! que hasta vislumbrado en sueños engañosos, tornas en soberbio, al que ha sido humilde, y haces duro y cruel, al que fue siembre benéfico y generoso!

Otro tanto me pasa con el sirviente, con la lavandera, y con todo el que puede darme un recorte.

Y no son los subalternos solamente, los que han perdido la cabeza; conozco señores, con tamañas barbas, que contraen deudas, contando con la lotería, y que malbaratan los medios positivos que tienen para pagarlas, en probar la suerte.

Hasta en el amor, juega la lotería un papel importante.

Una señorita decía á otra:

—Me aseguran que te casas, María.

—Sí, querida, muy pronto.

—De veras? ¿ya Luis fijó plazo?

—Sí.

—Para cuando?

—Para cuando se gane la lotería!

—Pues, hija, te felicito. Tu mamá debe estar muy contenta?

—No tanto! ¡las madres son tan desconfiadas!

—Adiós María. (Ah! si Ernesto comprara billetes)—murmuró entre sí.

Lo que es la flaqueza humana! al mismo tiempo que se burlaba de la necia credulidad de su amiga, cruzaba por su mente un rayo de la misma esperanza!

El mayor peligro que ofrece la lotería, es ganar la primera vez: desde ese día, el favorecido comienza á ver lo que es remotamente *posible*, como muy *probable;* y si gana una segunda vez, entonces cree, que lo *probable*, es *infalible*, y malgasta cuanto tiene, por alcanzar aquella visión que ve corriendo eternamente delante de sus pasos.

No comprenden que para que haya un afortunado, es preciso que un millón de infelices, contribuyan, no solo á la fortuna de aquel, sino á la de los Empresarios.

Y esto, presuponiendo la buena fe de los que intervienen en el sorteo, que yo no pongo en duda.

Y qué diremos de lo material del asunto, de esa multitud de chiquillos y de adultos, que atormentan por las calles ó interrumpen la más seria conversación, para meter por los ojos sus billetes, sin ningún miramiento?

¿Y de esas mujeres que pasan la noche encendiendo velas á santa Rita, y el día buscando la lista y releyéndola, sin llegar á convencerse de que no han ganado?

—Y tan cerca que estaba mi número!

Por *uno* no he ganado . . . ¡mi número es 520 y ha salido el 1.520! . . .

Estos impresores se equivocan mucho: voy á buscar otra lista . . .

Y cuando encuentra la otra lista, la arroja con indignación, exclamando:

—Esta también está equivocada! malditos impresores! mire Ud. que hacer todas las listas iguales!

No hay poder humano que la convenza de que no ha habido un error en su perjuicio. Su dilema es este—ó han puesto el *uno* de más en la lista—ó han puesto el *uno* de menos en el billete . . .

En esto pasa un chico billetero y le grita en la oreja—*¡¡Billeeetes!!* y olvida su querella, y sale tras el muchacho, semejante al toro, que abandona al picador que ha derribado, para atender á la carpeta del chulo.

Dejo este artículo á la mitad por no cansar al lector, como estoy cansado yo.

Si es jugador á la lotería, le pido perdón, por haber pretentido arrebatarle una esperanza, cuando quizá no tenga otra en este pícaro mundo.

Valencia : Marzo de 1890.

F. DE SALES PÉREZ

VARIA

SOCIEDAD "BELLAS ARTES" DE LONDRES

Hemos tenido el placer de recibir la visita de los representantes en Sud-América de esta sociedad, señores William D. Elias y Henry J. Taplay; y de admirar sus trabajos artísticos, que son dignos de nota, así por su precisión como por el gusto y colorido de sus tintas.

Se encargan de reproducir de fotografías toda suerte de figuras, retratos, etc., por el seguro y artístico procedimiento Bronisde Monochrome. La residencia de dichos señores en esta ciudad es el *Hotel Colón*. Deseámosles prosperidad en su empresa.

—

Gazzetta Musicale de Milano. Berlín, Enero 26.

Hemos tenido también un Concierto de Teresa Carreño, que mantuvo el interés durante toda la noche. Beethoven, Weber, Chopín, la *Marche militar* de Schubert, reducida para piano por Tausich, pequeños trozos de Bocherini y Henselt; todo ejecutado con una agilidad y precisión infalibles, y tal vez como pocos representantes del bello sexo serían capaces de hacerlo. El *tenor* de la *Polonesa* de Chopín, el *final* de la *Sonata* de Weber fuéron los puntos más brillantes de la velada. Pero también en algunos retazos de carácter elegiaco la artista supo interesar al público.



Calle de Ciudad Bolivar



Otra calle de Ciudad Bolivar



Otra calle de Ciudad Bolivar



Otra calle de Ciudad Bolivar

EL VIAJE DE NOVIOS

Dos clases de profesores hay en la Universidad, y sobre todo en la Universidad de París: los profesores que aspiran á no serlo más, y, mientras que lo son, á serlo lo menos posible; y aquellos que se hallan orgullosos y satisfechos de sus funciones, y que no tienen otro horizonte que la clase. Diré á ustedes, en verdad, que los segundos son unos estúpidos y los primeros unos tontos. Y quieren ustedes saber inmediatamente á qué categoría he pertenecido yo? Pues supongamos que ha sido á la de los tontos y no hablemos más de ello! Pero no igual cosa sucedía con M. Taupin.

Llamábamosle entre nosotros M. Taupin, y aun aquellos que le tuteaban no solían nombrarle de otra manera. «Cómo estás, M. Taupin?» A lo que siempre respondía: «Muy bien,» porque tenía él una salud robusta, y un optimismo más robusto aún que su salud. Creo yo que él se habría sentido perfectamente bien á pesar de la fiebre ó de la neuralgia; pero, nada, jamás tuvo ni la más insignificante pupa. Era él regordete, fresco y rosadote, siempre sonreído, siempre dispuesto. Vamos, la felicidad en persona el tal M. Taupin. Y para que ustedes vean, daba diariamente cinco horas de clase en el colegio Stanislas. Y era esta la clase de quinta, en la que se estudia con fuerza el *Cornelius Nepos* que ustedes encuentran tan horriblemente fastidioso. Ganaba por eso 166 francos y 60 céntimos por mes. He ahí lo que le habían reportado tres años de estudio en la Escuela normal y el título de agregado de gramática. Yo era entonces suplente de M. Cousin en la Sorbona y dolíase él mucho de mí por no haber yo hecho más que recibir ligeramente la enseñanza de los liceos. «La instrucción secundaria, solía decir hinchando los carrillos, es la instrucción por excelencia» y por ahí seguía. Era mi mejor amigo.

Dábamos nosotros juntos diariamente largos paseos después de haber comido casa de Flicoteaux por 70 céntimos. Referíame él los grandes acontecimientos de su vida. La composición para traducir había dejado mucho que desear; pero el tema del 15 de abril ¡ah! ese era quizá el más brillante de todo el año. Sí, este Guibouret promete mucho! Tienen sus trabajos ciertos giros de una latinidad. «Y, sobre todo, decía, hay en ellos frases que yo mismo le envidio.»

Es el caso, que durante toda una semana, M. Taupin me pareció completamente cambiado. Padecía frecuentes distracciones; divagaba; ya no hablaba del discípulo Guibouret ni de su rival, el discípulo Faberiau, con aquel fuego, con aquel entusiasmo con que solía hacerlo anteriormente. Una tarde me advirtió que no comería conmigo el día siguiente, pues había sido invitado por los padres de uno de sus alumnos. Esto era, en verdad, extraordinario! Quise saber el nombre, pero él supo zafarse con circunloquios. Le dirigí algunas chanzas, y fueron friamente recibidas. Qué habrá en esto? me decía; y no cesaba de meditar durante mi solitario paseo en aquel rarísimo suceso. Al día siguiente, llegó casa de Flicoteaux con guantes de 29 centavos, traje blanco y botas recientemente charoladas. Advirtiendo que yo le contemplaba con extrañeza: «Pues bien! sí, me dijo, poniéndose colorado hasta las orejas, ya te contaré eso cuando nos paseemos.» Durante la comida, ni una palabra pronunciaron sus labios, y yo mismo nada encontraba que decir. Se va á casar, pensaba. Pero cómo, diablos, ha podido suceder esto? Yo no podía imaginarme á M. Taupin dirigiendo la palabra á otra mujer que no fuese la madre de uno de sus discípulos.

Pero los discípulos así como tienen madre también tienen hermanas. El daba lecciones á Guibouret y por amistad tan sólo, créanlo ustedes. Mme. Guibouret vivía difícilmente con sus dos hijos de una pensión que le había sido acordada por la fábrica de la iglesia de San Sulpicio, iglesia en que su marido había sido maestro de capilla. Estas dos mujeres le estaban profundamente agradecidas, y á la larga, se unieron íntimamente á él, porque no era posible dejar de amar á este buen corazón, cuando se le trataba de cerca. El no tenía familia. No había conocido á su madre. Su padre había muerto siendo él alumno del colegio Stanislas, pues Taupin pertenecía á la casa desde niño y en ella había pasado toda su vida. Cuando entró en la Escuela normal, era en el colegio Stanislas donde pasaba los días de salida, comiendo con los profesores y asistiendo con ellos al paseo. Después de su entrada como agregado, le habían propuesto una quinta en Ruan, pero el había preferido entrar en el Stanislas como maestro elementario. Poco á poco había llegado á este puesto de profesor de quinta que él consideraba como su bastón de mariscal. Jamás le habría ocurrido la idea de pasar á un colegio real; este cambio habría duplicado sus proventos; pero dejar el Stanislas, era dejar el techo paternal. El portero, el criado, eran sus amigos. El director era lo mismo que su padre. Todos, grandes y pequeños, corrían tras él en la calle para saludar á M. Taupin, y recibir un apretón de mano ó un golpecillo en la mejilla, según la edad del solicitante. Una cosa tan sólo le faltaba á M. Taupin . . . hogar.

Podría yo jurar que la señorita Guibouret dió los primeros pasos, pues lo que es él era incapaz de mirarla sin haber obtenido antes permiso. Una vez en libertad, tornóse, estoy seguro, más hablador que una cotorra. Puso á la señorita Guibouret al corriente de todos los incidentes de la clase. Ella, muy buena música, como hija al fin de un maestro de capilla, y él (cosa en verdad sorprendente en un gramático y alumno de la Escuela normal) con notable disposición para el violoncelo, empezaron por ejecutar algunos dúos, y el resultado fue que se casaron.



Valiente hombre, mi amigo Taupin, que venía así á encontrarse de súbito á la cabeza de una familia, y nada menos que de una familia necesitada. Los 166 francos tendrían que estirarse mucho para no desatender á tantas necesidades. Bien es verdad que Carlos Guibouret se hallaba entre los primeros de la clase; pero aún no había pasado de quinta. De eso, á llegar á ser á su vez profesor de quinta en el colegio Stanislas, había mucha distancia. Los novios se habían dicho que León buscaría algunas lecciones de latín, y Léonie las daría de piano ó de canto. Tan veían ellos el porvenir color de rosa, que proyectaron un viaje de novios.

La mamá hizo todas las objeciones posibles. Iban á comenzar por semejantes locuras! M. Taupin podía pedir una licencia! Nada, para todo hallaban respuesta. Pues si no habían de ir sino á los alrededores! La licencia sería sólo de tres días! Se alojarían en la posadilla más barata. Y luego, ellos hacían esta locura para no volver á hacer otra. En definitiva, resolvióse que pasarían tres días en Ruan. Ya pueden ustedes suponerse cuál sería su gozo en el camino no habiéndose encontrado jamás juntitos y á solas por tan largo tiempo. Ni el uno ni el otro habían hecho nunca tan largo viaje. ¡Con qué deleite contemplaban por primera vez la naturaleza!

Llegaron ya de noche, y siguieron á un normandito que á través de un dédalo de callejuelas los condujo á una pequeña posada.

Ya habían ellos almorzado sólidamente en París á fin de economizar una comida. No eran sino las ocho. Quisieron en primer término ver la ciudad. Dónde estaban los bellos edificios, los grandes almacenes? Aconsejáronles que fuesen al malecón Boïeldieu, y que regresasen por el palacio de Justicia que presenta, de noche, un mágico aspecto. "Es necesario darle una mano al tocado" dijo Léonie, sacando del saco de noche lo que para ello necesitaba, y después, pasándolo á León: "Vamos, aféitate pronto, le dijo. No puedo soportarte con esa barba tan larga." Púsose Taupin á buscar las navajas y acabó por convencerse de que las había olvidado. Ya supondréis cuánta sería su pena. "Hazte afeitar, anda pronto.—Pero te vas á quedar sola aquí.—No temas!—Pero es que la puerta no tiene cerradura.—Déjame tu cuchillo, lo pasaré al través del pestillo, y ya no habrá nada que temer. Pero sobre todo, anda, despáchate pronto." Y salió él, no sin antes haber pedido abajo las señas de una barbería.

Riéronse mucho de este parisien que quería hacerse afeitar á las ocho de la noche y un jueves nada menos. El jueves no es día de afeitarse en Ruan, para los clientes de esta posada Aféitanse los domingos, y cuando la persona es rica, el miércoles. Diéronle no obstante la dirección que pedía. "Cruce á la derecha, luego otra vez á la derecha, y después, á la izquierda. Una de las primeras casas á la derecha." Todo esto no era muy claro, en verdad; pero él se dijo: "Ya veré bien la muestra."

La muestra? Si allí no había tal muestra, á no ser un plato, especie de jabonera puesto al extremo de una vara, el yelmo de Mambrino. El camino fué más largo de lo que él se había imaginado; pero al fin divisa el plato-jabonera balanceándose al capricho del viento y produciendo un ruido desapacible sobre la varilla. Llega á la barbería, está cerrada. Qué contratiempo! Busca la campanilla, el portero. Ni visos de portero ni de campanilla. En Ruan no hay porteros sino en los barrios nuevos. Llama á la puerta; nadie le responde. Vuelve á llamar obstinadamente. Alguien viene; es un agente de policía. "Qué hace Ud. ahí—Ya Ud. lo ve, quiero entrar para que me afeiten.—Pues no entrará Ud., ni le afeitarán. Vaya Ud. á acostarse.—Ah! Pero . . . —Haga el favor de no resistirse. Es Ud. sospechoso, joven, y si continúa Ud. con tal escándalo, voy á arrestarle." M. Taupin, en semejante compromiso, se quitó cortesmente el sombrero, y puso en cuenta al agente de policía de su crítica situación y de sus deseos. Le enteneció. "Señor, le dijo el representante de la autoridad estos barberillos no afeitan sino en la mañana. Voy á llevarle á Ud. casa de un peluquero." Y así lo hizo. Jamás se había visto nuestro amigo cuidado con tanto lujo y delicadeza tanta. Espejos, gas por todas partes, tocadores de mármol, un exce

lente sillón, blancas toallas. Cuando él se vió después de la operación, se encontró verdaderamente bello. Pagó sin mucho sentimiento los veinte centavos que le pidieron, y se puso en camino á todo prisa para buscar á su pobre Léonie. Corría y corría, presa de dos opuestos sentimientos: la esperanza de un beso, si era bien acogido, y el temor de los reproches á que era acreedor por tan larga ausencia. De repente le detuvo esta duda que penetraba en su espíritu "Iré yo por donde debo ir?"

Miró á todos lados. Hallábase en una callejuela apenas alumbrada por dos reverberos muy separados el uno del otro, que arrojaban una luz intermitente. Ningún establecimiento, ningún pasante, nadie, nadie. De repente experimentó la sensación del que está perdido en un laberinto. Antes que todo era necesario salir de la obscuridad. Volvió sobre sus pasos, persuadido de que no podía tardar mucho en encontrar la gran plaza tan alumbrada que acababa de dejar; mas pronto advirtió que caminaba á la ventura. Entonces oyó allá, á lo lejos, dar una media; después, al cabo de un siglo, los tres cuartos. «Van á ser las nueve. Qué habrá sido de ella? Que pensará ella?»

En un instante, todo el horror de su situación se le hizo patente. Encontrar una posada, cuyo nombre se ignora, una posada de ínfimo orden, en una ciudad como Ruan, una posada, situada en una calle, mejor dicho en una callejuela cuyo nombre no se sabe, ni tampoco el del barrio! Claro que él bien sabía que todo podía arreglarse el día siguiente por intermedio de la policía; no se hallaba él en un bosque. Pero el día siguiente, eso era una eternidad! Condenar á su querida mujercita á tantas inquietudes, así, por tan largo tiempo, en la soledad en que la había dejado, el día mismo de sus bodas, ah! esto era horrible, esto era para volverse loco! Y sentía á medida que corría, que sus ideas se trastornaban, que perdía la cabeza!

Por fin oye unos pasos en aquellas desiertas callejuelas; es un pasante; pero en el momento en que va á alcanzarle, el pasante desaparece en una calle lateral. El le sigue á todo trance. «Señor, le grita con toda la fuerza de sus pulmones. Señor, yo estoy perdido. Por amor de Dios, ayúdeme Ud. á buscar el camino. Señor! Señor!» Y al mismo tiempo reflexionaba que si se las había con un imbécil, ó con algún cobarde, sus palabras se las llevaría el viento. El pasante caminaba á paso largo como si quisiese escapar á un borracho ó á un malhechor. «Nada mejor puedo hacer, se decía Taupin, que seguirle. Así estoy seguro de que no seguiré dando vueltas y más vueltas.» En efecto, pronto se convenció de ello. En un minuto pasó de las tinieblas profundas á la más brillante claridad. Hallábase delante del vestíbulo del gran teatro. Veía hombres! Hombres, al fin!

Experimentó un momento de alegría, muy pronto turbado por un pensamiento agudo, vivísimo. No se acordaba ni del nombre de la calle en que se hallaba la posada, ni tampoco del nombre de la misma posada. Había salido como persona que sólo tiene que dar unos cincuenta pasos y luego la idea de que él pudiera perderse, de noche, en una gran ciudad, ni siquiera le había pasado por la imaginación. Quizá el posadero, cuando se le llevó de la estación, le metió en el bolsillo las señas de su posada! Y púsose á volver y revolver febrilmente todos los bolsillos. Nada. Tan sólo una bolsita con unos 40 francos (él tenía 80 pero por una sabia precaución contra los ladrones, había dejado la mitad á Léonie); la libretita en la cual escribía las notas de su clase; una guía Joanne; el *Petit Journal*. Eso era todo. Qué hacer? Y miraba todas las personas que pasaban junto á él, tratando de adivinar en sus fisonomías, un hombre generoso, un ser complaciente, capaz de darle un buen consejo. Acércase á varios, y en el momento de hablar, se detiene por un gesto, una mirada, que le han parecido de mal augurio. Pero en fin, cerrando los ojos y con el alma en los talones: «Señor» le dice á un anciano de bondadoso aspecto; pero el anciano aquel de aspecto bondadoso, con aire enojado, le arroja desdeñosamente una pieza de dos centavos. «Yo no pido á Ud. limosna, señor! Yo no soy un mendigo! Yo soy un profesor!» Palabras inútiles; el otro quizá algo penado por su equivocación, aligera el paso y desaparece.

Taupin, cuya cabeza se halla ya en completo desorden, cansado de la desenfrenada carrera que acaba de hacer, se sienta sobre un guardacantón y reflexiona profundamente. Encontrar su posada sin saber el nombre, es materialmente imposible. Este nombre, cómo saberlo? Había en el andén de la estación cinco ó seis ómnibus y cinco ó seis enganchadores de posadas á lo sumo. Averiguar los nombres de cinco ó seis posadas entre las cuales está la suya, eso era mucho, mejor dicho, eso era todo. El llamaría un mandadero, y se haría conducir de puerta en puerta hasta dar con la suya; y luego, él le daría oro, mucho oro, á su mandadero. La economía es lo de menos. No es posible que las inquietudes de Léonie se prolonguen y que vaya á pasar su noche de boda en la soledad y el sobresalto.

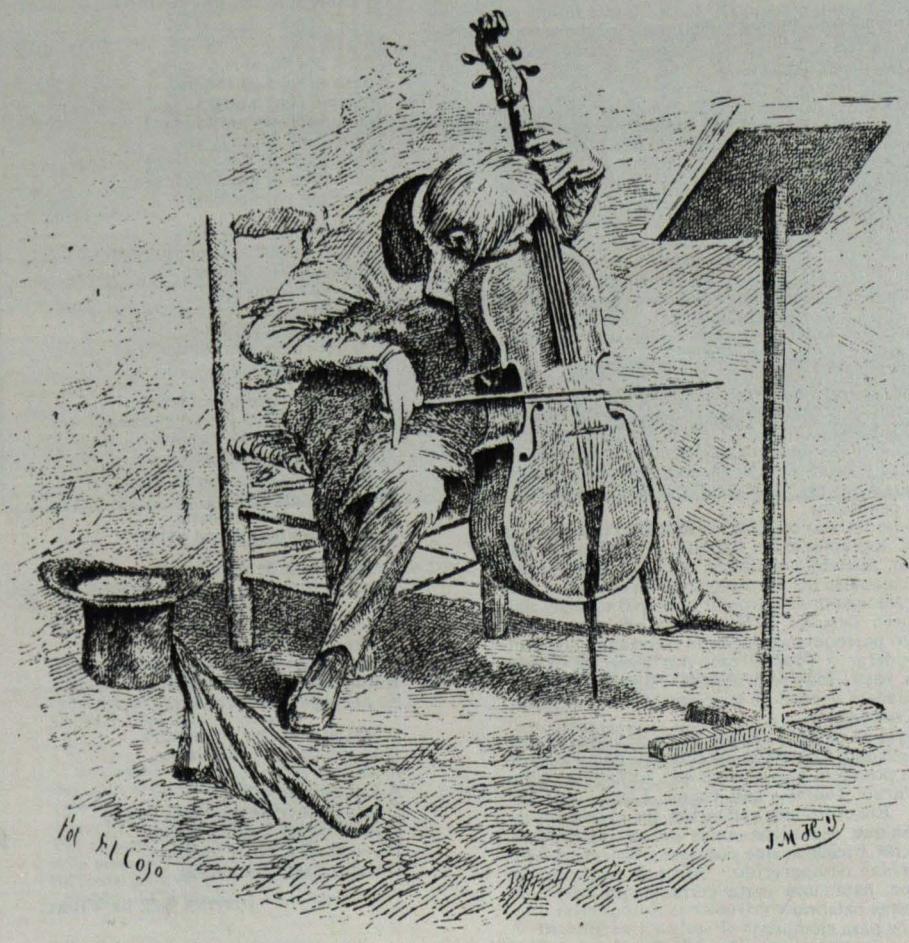
Una vez adoptado aquel partido, se siente más tranquilo y ya se cree seguro del buen éxito. Entonces se pregunta si no estaba él loco hace un momento. Nadie se pierde en una ciudad como Ruan. Allí hay una policía que conoce hasta el más recóndito lugar. El primer paso es encontrar la policía. Justamente, he ahí uno de sus agentes que se pasea en la plaza del teatro. M. Taupin se quita muy cortésmente el sombrero: «Señor» exclama. Pero súbito se detiene, al reconocer al sargento que le ha conducido casa del peluquero. ¡Qué casualidad! El sargento también le ha reconocido por su parte.

«Otra vez usted?» le dice con un tono muy lejos de ser bondadoso. «Sí, yo soy, y usted puede hacerme un gran servicio.» Y empieza á referir su historia; pero aquella historia era de una inverosimilitud chocante, y luego, él la refería de una manera tan confusa.... Se repetía, tartamudeaba; era imposible comprenderle nada. «Yo parezco un hombre ebrio,» dijo por fin, justamente cuando el agente llegaba por su parte á la misma conclusión. «Usted se explicará en la comisaría,» dijo el sargento de policía, llevándole preso. A la comisaría! como un malhechor ó un vagabundo! A la comisaría, un profesor del colegio Stanislas! El sargento quiere llevársele. El se subleva. «Usted no tiene derecho de arrestarme, le dice. Yo no he cometido ningún delito. Yo no estoy pidiendo limosna. Yo tengo una profesión honrosa, puedo probarlo. Tengo aquí dinero. Toda mi desgracia es el no haber podido encontrar la posada en que estoy alojado. Usted debería ayudarme á buscarla, si usted cumpliese con su deber, en vez de hacerme semejante afrenta.» Según él mismo me dijo después, parece que estuvo elocuente. El agente de la autoridad vaciló. Los pasantes que se habían agrupado empezaron á decir: «Es necesario llevarlo casa de M. Dauphin! Llevarlo casa de M. Dauphin. Sí, exclamó, lléveme usted casa de M. Dauphin. Y al mismo tiempo se decía: «quién será éste? si será el mismo comisario!» Lleváronle, pues. M. Dauphin era en efecto el comisario de servicio en el gran teatro. Taupin, que había ya puesto orden en sus ideas, le habló moderada y claramente. El se veía atendido; estaba seguro del buen éxito.

«Señor, le dijo el comisario, después de haberle dejado hablar todo lo que quiso, y de haber examinado el dinero y la libreta que Taupin tenía en el bolsillo, le creo á usted....» Al oír estas palabras, el pobre profesor no pudo contenerse y le estrechó calurosamente la mano. «Le creo á usted, pero su situación no es por eso menos difícil de poner en claro. Será cuestión de veinticuatro horas, agregó, viendo que Taupin se turbaba. Mañana con las notas de la policía, encontraremos infaliblemente á Mme. Taupin. Lo mejor que puede usted hacer esta noche...»

Hallábase el comisario en este punto de su discurso cuando vino á interrumpirle un ruido espantoso, inmenso, que se oía en el corredor. La puerta se abrió violentamente, y varias personas gritaron á la vez: «Señor comisario, señor comisario, M. Dauphin! El director le llama — Espere Ud. un momento» dijo entonces M. Dauphin á nuestro amigo y salió corriendo: Su ausencia no duró sino cortos instantes. Pronto volvió á entrar muy emocionado. «Qué asunto tan enojoso, exclamó, es un músico que tiene un solo en el cuarto acto, y que no podrá tocarlo; será menester parlamentar con el público ruanés, que no es muy pacífico que digamos. Aquí tiene Ud. mi dirección, véngase á verme mañana y eso quedará arreglado.»

«Yo creí que volvía á perder todo lo que había ganado, me dijo Taupin, al referirme aquel su viaje de boda, pero me vino una idea de genio. Un músico? qué músico? qué instumento?—El violoncelo - - Señor comisario, exclamé entonces con emoción contenida, yo, yo soy un violoncelista, sí, no me da pena el decirlo, un violoncelista de bastante mérito. Fuí yo quien acompañó á la señorita Marimont en el último concierto dado en beneficio de los pobres del V circuito. Si yo puedo salvar la representación . . .» Ni siquiera le dejaron acabar. El comisario le cogió por el brazo y le llevó á toda carrera al gabinete del director. Trajeron el violoncelo. Taupin hizo prodigios. Al cabo de algunos compases el director le interrumpió. «Cuánto pide Ud.?—Yo no pido nada; sino que, por misericordia, el señor comisario haga esta noche lo que me ha prometido hacer mañana por la mañana, y yo estoy dispuesto á tocar por todo el tiempo que quieran y todo lo que Uds. quieran.»



«Yo no le prometo á Ud. una solución favorable, dijo M. Dauphin, pero doy á Ud. mi palabra de no ahorrar nada para llegar al fin esta misma noche. Mañana, el buen éxito es seguro.» En un abrir y cerrar de ojos. Taupin se encontró empujado por los corredores y pasadizos, instalado como solista, delante de un atril más elevado que los otros. Rodeáronle los músicos para darle las gracias y desearle la bienvenida. El estaba maravillado de oírse llamar por su nombre; pero no tuvo ni siquiera tiempo para pensar en ello, porque sonaron los tres golpecitos de costumbre, y desde este momento, se entregó, en cuerpo y alma, á la partitura. Se le esperaba en el solo. Ejecutólo Taupin con una *maestría* sorprendente. «Pensaba en Léonie» me dijo después. Los aplausos fueron nutridísimos. Los violines pegaban con los arcos sobre lo atriles.

El público gritó *bis! bis!* con frenesí, y Taupin no se hizo de rogar: «Ah! si Ud. quisiese, M. Taupin!. . . le decía después el Director, que tenía una plaza vacante; pero á estas palabras toda su tristeza le vino de nuevo al recordar la horrible realidad. «Los tres agentes que he puesto en campaña no han descubierto nada, le dijo M. Dauphin. Trate Ud. de dormir esta noche. Véngase mañana á las siete á mi despacho, y yo mismo le conduciré á los brazos de Mme. Taupin.»

Muy caro hubo de pagar el permiso de pasar la noche en el cuarto de servicio de una fonda. Inútil me parece decir que no pudo pegar los ojos. A las seis, ya estaba rondando la comisaría. Desde que percibió á M. Dauphin se abalanzó hacia él. «Un poco de paciencia, le dijo el bondadoso comisario; todavía están en la comisaría central, y es necesario esperar que vengan» Un agente llegó como á las ocho «Y bien? exclamó Taupin—Ud. está hospedado, le dijo el comisario consultando sus notas, en la posada de la *Belle Pomme Normande*, en la calle *Verderettes*. Está bien lejos de aquí. Quiere Ud. tomar un coche?—Sin duda!—Yo le acompañaré á Ud.» Pasaron por un dédalo de calles que parecieron á mi amigo espantosas é interminables. En el camino el comisario llamó á un vendedor de periódicos, le compró el *Petit Rouennais*, recorriólo ligeramente con la vista y lo pasó á Taupin, diciéndole: «Lea Ud. ahí.—No tengo el ánimo para leer periódicos.—Qué niño es Ud. Pues si Ud. ha de volverla á ver! Vamos hombre, no sea Ud. tonto; lea Ud. ahí.» Taupin dirigió descuidadamente una mirada al periódico, y cuál sería su asombro, al leer en la primera página en gruesos caracteres: *M. Taupin en el gran teatro de Ruan*. Qué escándalo! se dijo en el primer momento; y luego añadió; hay muchos Taupin en el mundo! «Pero cómo han podido averiguar mi nombre, mi querido señor?—Porque el director lo anunció mientras se dirigía Ud. á su atril. Hasta dijo que era Ud. profesor en un gran colegio de París, lo que no me parece bien hecho Taupin dejó caer la cabeza sobre el pecho con aire abatido. «Estoy perdido, exclamó. Seré destituido.»

Habían llegado á la puerta de la *Belle Pomme Normande*. «Mi mujer? Dónde está mi mujer? Se ha marchado, señor; y me parece que es lo mejor que pudo hacer para no verle á usted llegar bajo la guardia de un comisario de policía.» Pero el pobre Taupin no esperó á oír más. Apoderóse de él una cólera terrible, la única quizá que ha tenido en su vida. «Usted no pretenderá venirme á decir que mi mujer me ha abandonado! Qué le dijo usted? Qué le ha hecho usted?» Fue necesario que se interpusieran dos de los espectadores para contenerle. Mientras tanto la posadera gritaba con la misma furia: «Abandonar á su mujer para irse al teatro! El día de su boda! He sido yo quien le aconsejó que partiese: bien que es verdad que ella nó tenía necesidad de que se lo dijesen; y todas las mujeres tienen que aprobarlo, sí, que se haya ido!» Y los hombres lo aprobaban también, á lo que parece, pues todos los parroquianos madrugadores del figón habían acudido á aquel patio húmedo y sucio, donde habrían jugado á Taupin una mala pasada, á no ser por la presencia del señor comisario.

Mucho trabajo costó á M. Dauphin restablecer la calma, logrando al fin hacerse oír, mientras que Taupin, abatido é inclinado sobre un viejo banco, luchaba contra los prodromos de un desmayo. Sus explicaciones provocaron al principio algunas risitas; pero después la figonera se compadeció de él, y los parroquianos hicieron otro tanto, llegando á considerar á Taupin como un héroe de novela. «Vaya, vaya! todo se arreglará. Cuando ella sepa la verdadera verdad de las cosas! Pobre señorita! Pobre señorito!»

Taupin se empeñó en que había de tomar el tren más próximo, á pesar de los consejos del comisario y de la posadera que temían que no llegase á París. Partió Taupin: qué viaje! Llegó: qué llegada! Encontró su habitación en el mismo estado en que se hallaba antes de su matrimonio. Todas las fruslerías que pudiesen recordar á Léonie, habían desaparecido. Sobre el escritorio del profesor, había una carta cerrada, que solo contenía estas palabras:

«Adiós para siempre!

«*Léonie.*»

Encargóseme, por supuesto, del papel de conciliador; y no poco trabajo me costó el ser recibido casa de Mme. Guibouret. A mi llegada advertí que allí se lloraba mucho desde hacía algunos días. «Cómo, dije á Léonie, ha podido ser usted tan cruel? Cómo no pensó usted que nuestro amigo había sido víctima de algún accidente?»

Entonces me refirió que después de una noche de crueles inquietudes, había ido con la posadera á exigir á la policía que le buscase su marido; que al poner los pies en la calle, había oído á los vendedores de periódicos anunciar el nombre de Taupin como la novedad del día, y que habiendo comprado el *Petit Rovennais*, había leído la narración de las proezas de su marido en el gran teatro. La seguridad en el dedodo, la ejecución brillante á veces, de tanto gusto en otras. . . «Y todo ello mientras yo me moría de temor y de desesperación!» Acabé, sin embargo, por hacerme oír, y después de muchos esfuerzos, por hacerme creer. Mamá Guibouret convino la primera; Augusto abogó calurosamente por su profesor; pero el corazón de la joven esposa hablaba todavía más alto, de suerte que yo mismo la conduje entre sonreída y llorosa al número 14 de la calle *Madame*, donde Taupin nos esperaba más muerto que vivo.

Fue su gozo tan grande, y se sintieron tan largamente compensados de sus penas, que M. Taupin no deja nunca de decir, cuando hablamos de lo pasado: «eso fue poco después de mi viaje de novios.»

El héroe de esta historieta es actualmente rector de los primeros liceos de París; y todo lo que puedo asegurar á ustedes es que cuando se trata de hacer con Léonie una excursión á Luchon ó á Biarritz, casi siempre en el mes de septiembre, jamás se olvida de llevar consigo un buen par de navajas. El ha hecho arreglar por uno de los profesores del liceo una edición ilustrada del *Pequeño Pulgar*, cuya lectura recomienda encarecidamente á sus discípulos. «Observad, les dice, la sabia previsión de este hombrecillo, que regaba de piedrecitas su camino para poder volver sobre sus pasos! Es necesario, hijos míos, saber siempre donde se pisa.»

JULES SIMON.

IMITACION EN VERSO

DE UNA ESCENA EN PROSA DE LA COMEDIA INFANTIL DE RATISBONNE

Una noche, al acostarse,
Cierto niño, á su niñera,
Le decía á su manera,
(Nada más que por hablar.)
«Díme, Julia, si lo sabes,
El hombre que fue primero
Enseñando al mundo entero
A vestirse y desnudar.»

—Señorito, de seguro
Que fue un hombre avergonzado
Al verse descamisado
Y lo quiso remediar.
Pero déjese de cuentos;
Ponga toda su ropita
Bien doblada en la sillita
Y prepárese á rezar.

—Y dí, tú, que sabes todo,
¿Quién ha dicho que en el alma,
Para que haya paz y calma
Se ora antes de descansar?
—¡Ay! el hombre que tal hizo,
Sofocado por la pena,
O de dicha el alma llena,
Vió que era mejor que hablar.

Pero basta de preguntas;
Duerma pronto y deme un beso.
—No, que quiero digas eso:
Quién inventó el abrazar?
Apurada la niñera,
Se quedó un rato pensando.
Entonces la madre entrando,
Se encargó de contestar:

—Hijo mío, fue una madre
Que, sin duda, en su cariño,
A su muy querido niño,
Así lo quiso explicar.
Duerme, duerme que aquí vengo
Para darte un fuerte abrazo.»
De su madre, en el regazo,
Durmió Pablo sin chistar.

JUSTINA BEL DE VIDAL.

EL TOCADOR

BAÑOS DE MAR—BAÑOS DE RÍO

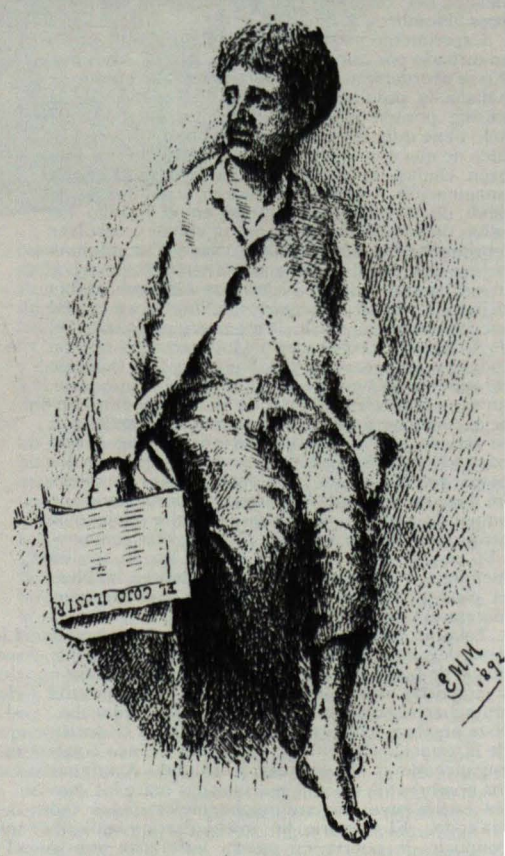
Los baños de mar no deben tomarse ni el mismo día ni el día siguiente de la llegada á una estación marítima. Es necesario modificar el régimen, eliminando de la alimentación el vino puro, el café, los licores espirituosos; y el organismo debe impregnarse con los efluvios marinos. El momento más á propósito es cuando el mar está completamente tranquilo. Cuando sube ó baja la marea hay muchos inconvenientes que sería largo enumerar. Al baño no debemos entrar sino después de haber hecho completamente la digestión de la última comida, tres horas por lo menos.

Es también muy peligroso el tomar el baño cuando nos hallamos excitados, cuando sufrimos una enfermedad aguda ó crónica, después de una noche de insomnio ó de un ejercicio violento. Tampoco debemos fatigarnos mucho al ir á la playa, ni debemos salir del lecho para entrar inmediatamente en el agua. Nos desvestirémos lentamente, y, una vez adquirida la costumbre del baño, envueltos en una manta, harémos bien en pasearnos un poco por la playa, á fin de que el cuerpo tenga bastante vigor y calor para luchar contra la impresión que la frescura del agua le hace experimentar.

Las mujeres y los niños delicados, que tienen á menudo los pies húmedos ó fríos, aún en verano, harán bien en descalzarse, momentos antes de entrar en el mar, á fin de recalentar sus extremidades inferiores al sol, sobre la arena. A estas mismas personas les será muy conveniente el tomar algunas gotas de vino de Málaga, antes de tomar el baño.

Es necesario sumergirse rápidamente en el agua, sin que debamos para ello meter primeramente la cabeza, lo que sería desastroso para la cabellera femenina, que debe estar bien resguardada. Si se experimenta una sensación penosa cuando el agua llega á la boca del estómago, debe entonces untarse esta parte con un cuerpo graso.

El baño de mar no se prolongará mucho tiempo si la persona no es muy vigorosa. Al salir del agua debemos cubrirnos bien y secarnos con toallas muy secas y meter los



UN APRENDIZ DE EL COJO

(Dibujo á la pluma por Eugenio Mendez Mendoza)

piés en agua tibia durante algunos instantes. Nos volverémos á vestir pausadamente y si los cabellos se hallan mojados nos los secarémos inmediatamente, dejándolos después sueltos durante media hora. El ejercicio al aire libre es indispensable después de este baño.

Cuanto á los niños, es en extremo peligroso el bañarlos en el mar antes de que hayan cumplido dos años, por lo menos. Y si aún á esta edad las olas los asustan, no debe obligárseles á tomar este baño. Los niños demasiado pequeños no tienen la suficiente fuerza nerviosa para que se produzca la reacción vigorosa sin la cual la inmersión es perjudicial. Su cuerpo se resfriaría y se los expondría á convulsiones internas. No obliguémos al niño á soportar el choque de la ola que le asusta, pues jamás debe tomarse el baño bajo la influencia de una impresión violenta y ninguna hay más fuerte que el miedo.

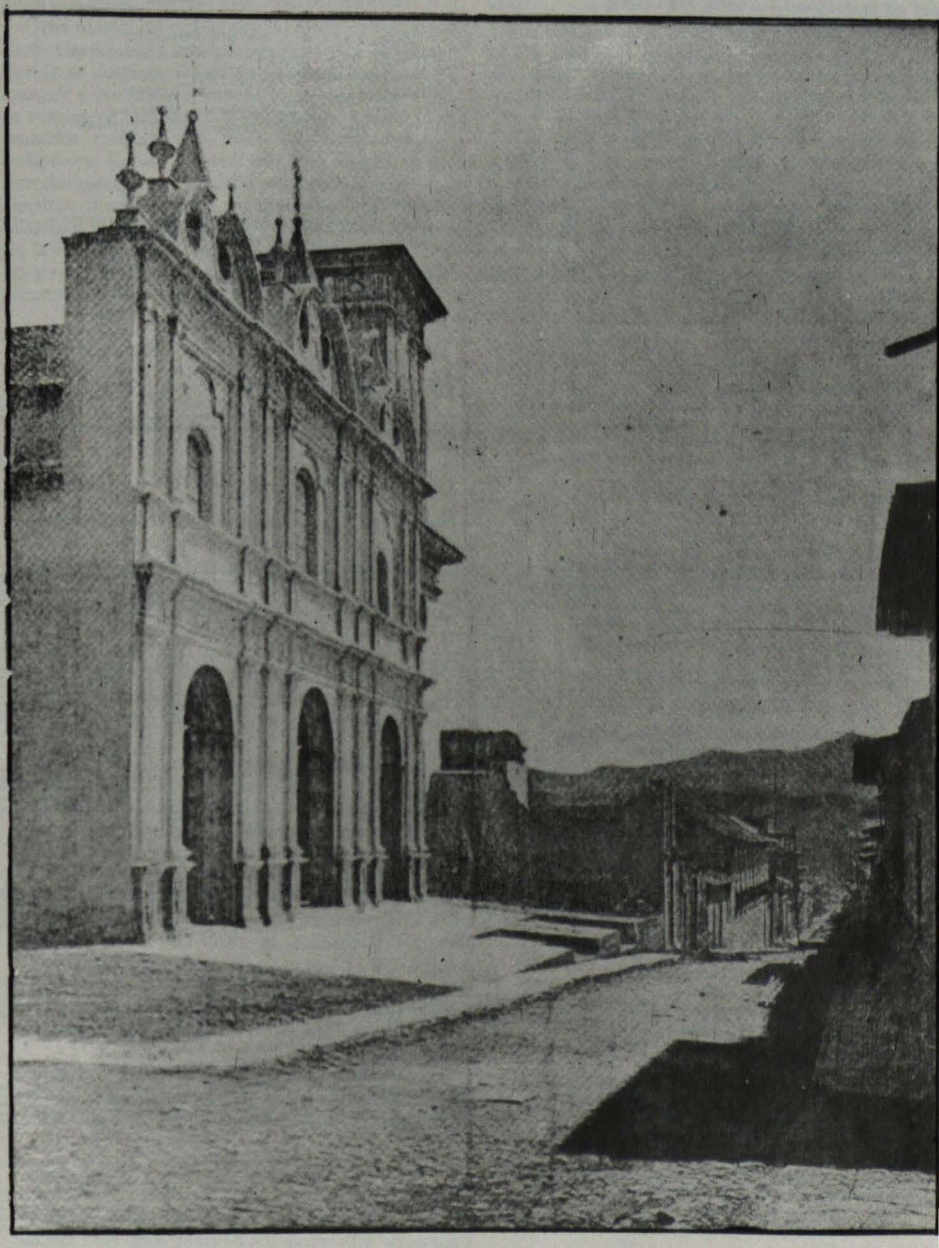
Llenad de agua salada su pequeño baño. Después dejadlo correr ó revolcarse en la arena, introducir sus piecesitos en los hoyos donde el mar ha abandonado algunas de sus ondas al retirarse. Así tomará un baño de sol y de aire salino, el que es quizá mejor que el otro.

De esta manera él se acostumbrará, poco á poco, y sin esfuerzo, á la voz profunda de las olas, á su fuerza, á su violencia. Las ondas sabrán también atraerlo. El soñará con hacerse mecer en ellas como en el seno de una mujer. Pronto él mismo irá á su encuentro y se reirá de sus bruscas caricias.

El baño de río es muy atrayente para las personas jóvenes y vigorosas y muy fortificante para las gentes débiles, que lo toman en las condiciones convenientes. No debe prolongarse por mucho tiempo, aún cuando la persona sea fuerte y sana ; el cansancio trae la neurosis . . . y el peligro. Si se tomase por primera vez, fácil es pedir informes á las personas inteligentes en capacidad de darlos.

El baño de río debe hallarse rodeado de todas las precauciones enumeradas para el baño de mar. Después de una tempestad debemos abstenernos de este baño, pues las aguas del río están turbias y terrosas. Nos privarémos también de él en las mañanas lluviosas ó algo frescas, que el verano nos proporciona.

Baronesa Staffe.



Iglesia de Altagracia

SI YO MANDARA !

Á MI AMIGO EL SEÑOR DOCTOR ARÍSTIDES ROJAS

I

Si yo mandara por fortuna un día
La patria de Bolívar y Miranda,
La patria del placer, de la alegría,
La locura, la charla, la parranda,
Circos, teatros, bailes, lotería !!!!
(Con permiso, señores, del que manda)
Juro por San Gregorio el desatino
De su estado cambiar y su destino.

II

¿Queréis saber los planes que me inspira
El Dios Omnipotente en sus arcanos,
Para hacer de esta patria, que es mentira,
Mientras la desunión reine entre hermanos,
Con la *justicia* y con *la ley* por mira,
Un pueblo de virtuosos ciudadanos
Como promesa de los altos dones
Que la envidian del Orbe las Naciones ?

III

Pues escuchad : el plan de *mi gobierno*
En esto sólo quedará encerrado :
Hacer el bien de todos *ab-eterno*
Sin que haya ni siquiera un desgraciado ;
Y el que piense que América es infierno
Para vivir en ella renegado,
Sepa que el Criador hacerla quiso
Copia fiel del antiguo paraíso.

IV

En consecuencia, mi primer medida
Sería un filantrópico Decreto
Que dejara á la gente sorprendida :
Basta ya de tener á un pueblo inquieto
Por alcanzar la dicha apetecida,
A la miseria y el dolor sujeto :
Se acabó para siempre la indigencia :
¡ Pueblos de Venezuela !—á la opulencia !

V

Todas las casas, todas de este suelo
Serán adjudicadas libremente,
Sin escrúpulo alguno ni recelo,
A los que las ocupen actualmente
Como inquilinos de ellas : tal consuelo
Será para gozarlo eternamente ;
Pues *mi gobierno* pagará al contado
La expropiación que hubiere decretado.

VI

Al efecto, el Ministro consabido,
Prévias las convenientes precauciones,
Levantará un catastro bien nutrido
De datos, comprobantes y razones,
Para crear, con interés subido,
En cambio de las dichas exacciones
Una deuda llamada "*¡ Providente !*"
Que ha de pagarse preferentemente.

VII

El tener cada cual, sin costo alguno,
Ad perpetuam su hogar asegurado,
Sin que toque á su puerta el importuno
Casero endurecido y despiadado,
Es sin duda, señores, cada uno
Haber segunda madre ya logrado
Y de las penas de la humana vida
Descartar la más negra y homicida.

VIII

Incontinenti, el vasto territorio
Dividiré en Estados, de manera
Que á cada cual del *codiciado emporio*
Su consabida parte le cupiera ;
Mas quedando vedado hacer velorio
De la tal propiedad que se le diera,
Ni perturbar la paz de su vecino,
Con tal que sin dañar se abra camino.

IX

A aquellos que á labrar la madre tierra
Dedicasen sus fuerzas, librería
De las que por desgracia ay Dios ! encierra
Contribuciones mil la patria mía :
Que obreros son de paz, y no de guerra,
Y esparcen en los campos la alegría,
Los que procuran el sustento al hombre
Y á las naciones su riqueza y nombre.

X

A la industria Pecuaria, tan valiosa
Como insegura y olvidada, diera
La misma protección que generosa
Le otorgue la Nación más justiciera:
Múltiple en sus productos, portentosa
Aquella industria descollante impera.
Cuando, atendida y libre de temores
Se entrega confiada á sus labores.

XI

Al Comercio, tan pobre, tan honrado,
Que el Arancel absorbe como esponja
Y el contrabando lleva derrotado
Pues toma para sí la mejor lonja,
Le daré lo que pide y no le han dado,
Sin pararme en escrúpulos de monja;
Amparo y libertad que es este gremio
El más digno de estímulo y de premio.

XII

A las Industrias y Artes Liberales,
Enjambre de riquísimas abejas
Que forman para el hombre sus panales
Y mueren despreciadas y sus quejas
Ni siquiera perciben los mortales
Por más que cambien las costumbres viejas,
Daré una protección tan decidida
Cuanto es su afán por endulzar la vida.

XIII

A los ilustres sabios que redimen
De la ignorancia al hombre, iniciadores
Del progreso del mundo; á los que esgrimen
Las armas del saber cuyos fulgores
Llevan luz y consuelo á los que gimen
Bajo el peso de múltiples dolores;
A esos *Dioses del Bien* daré fecundo
Cuantos tesoros guarde el Nuevo Mundo.

XIV

Las Bellas Artes, ah! las Bellas Artes,
Pobres, oscurecidas, calumniadas,
Sinembargo de dar en todas partes
De la cultura pruebas acabadas,
De mi gloria serán los *Estandartes*
Y por las patrias leyes tan mimadas,
Cual lo merecen los ingenios claros
Que de las artes son fulgentes faros.

XV

Para colmo de gracias y de dones
De este santo gobierno comuniano,
Quien venga aquí de las demás Naciones,
Protestante, Budista, Mahometano,
O de otras cualesquiera religiones,
Y en que siempre veremos un hermano,
Podrá libre ejercer su propio culto
Sin que nadie por él le toque el bulto.

XVI

En mi gobierno el sexo calzonudo
No podrá continuar en celibato
Como hasta ayer desatentado pudo
Con mengua del pudor y del recato:
Por más que á aquel apriete el *santo nudo*
Ha de firmar el *cívico contrato*,
Si es que quiere gozar de ciudadanos
Los augustos derechos soberanos.

XVII

Al cumplir un *Adan* sus veinte abriles
Cristianamente poseerá su *Eva*,
Si antes llena las fórmulas civiles
Y adquiere alguna casa, rancho ó . . . cueva:
En ello está, señores el busilis
Para dar á los padres esa nueva;
Pues sin techo y pitanza, está probado,
Que el amor muere siempre de resfriado.

XVIII

La niña que desprecie un pretendiente,
Y otro . . y otro . . por miedo ó por decoro,
Con el cuarto se casa, aunque el *paciente*
Sea Cáfre, Lapón ó Chino ó Moro:
No hay conventos ya aquí, celdas ni coro
Donde pasar la vida *dolcemente*;
Por tanto la mujer ha de ser madre
Eligiendo al garzón que más le cuadre.

XIX

Ergo, para gozar de ese derecho
El más santo y querido del cristiano,
Es preciso, señores, *dar el pecho*,
Meter el hombro y aflojar la mano:
El embudo social es algo estrecho
En este punto del *placer liviano*;
Con que ya lo sabéis, solo el marido
Será de *mi gobierno* protejido.

XX

Aquellos que me pidan un destino
En estilo melífluo ó lisonjero,
Aquellos que me nombren de *Padrino!*
Mintiendo amor, haciéndome un puchero:
Esos, ay vive Dios! en mi camino
Tendrán el puesto que á la izquierda el cero:
Admiro la verdad, y la nobleza
Y odio la adulación y la bajeza.

XXI

El *elogio excesivo*, que deprime
Y no ensalza jamás, en *mi gobierno*
Cabida no tendrá, que mal imprime
Acento de verdad quien ¡voto á un cuerno!
Esa arma innoble á cada paso esgrime
Fraguada en las entrañas del averno:
Mas apreciable es el *censor templado*,
Que *el sin mesura encomiador menguado!*

XXII

He aquí, lector, los planes que me inspira
El Dios Omnipotente en sus arcanos
Para hacer de esta patria, que es mentira,
Miéntras la desunión reine entre hermanos,
Con la *Justicia* y con la *Ley* por mira
Un pueblo de *virtuosos ciudadanos!!*
Sin ellos, ¡vive Dios!! todo es comedia,
Sainete, *Vaudeville*, Drama . . . Trajedia!!

I. MESERÓN Y ARANDA.

Macuto, marzo 20 de 1892.

MIGUEL TEJERA

Murió en París este esclarecido compatriota, joven todavía, y cuando las letras y las ciencias esperaban de él nuevas é importantes lucubraciones.

Dotado de una actividad infatigable, que corría pareja con su vigor intelectual, ha sido de los pocos escritores venezolanos que deja obras de legítimo valer, donde campean los vuelos de una inteligencia luminosa y una copia de erudición literaria y científica, que acreditan la seriedad de sus estudios.

No parecía aquél organismo endeble capaz de encerrar tanta savia creadora, y de ahí que haya sucumbido ahogado por su propia exuberancia. Antes de rendirse al inexorable destino, Tejera se ocupaba en dar la última mano á tres interesantes obras, destinadas á producir resonancia en el campo de la filosofía y de la historia patria.

Ya dedicarémos alguno de nuestros próximos números á reseñar la vida de tan lamentado compatriota, entre cuyas honrosas ejecutorias merece nombrarse el lucido desempeño de la Comisión de límites entre Venezuela y el Brasil en que dejó comprobados de una manera brillante la justicia de nuestros reclamos.

Entre tanto, reciban la expresión de nuestro duelo las letras venezolanas, su estimable familia y en especial su distinguido hermano FELIPE.

Tenemos que añadir otras dos noticias necrológicas de fallecimientos ocurridos en esta ciudad en la última quincena: el de la señora Julia Rosa Ibarra de Delfino, gala de nuestra sociedad, y el del niño Angel Guillermo Sota. Ambas desgracias tienen sumidas en el dolor á familias respetables; á las cuales enviamos nuestro pésame en estas líneas.

FASTIDIO

—

A nadie odio en el mundo;
Pero me odio á mí mismo,
Y quisiera desprenderme
De este *yo* con quien yo vivo,
De esta estampa tan mal hecha,
De este cuerpo tan chiquito,
De esta mi escasa persona,
De este mi sér, que abomino.
Y ¿á dónde habré de largarme
Que no me encuentre *conmigo*,
Ésto es, con mi persona
Que me causa hondo fastidio?
Pero si á nadie aborrezco,
Tampoco siento cariño,
Ni inclinación hacia el hombre:
Lo repugno, por instinto;
Razón por la cual á nadie
(Nadie es un sér . . . masculino)
Le doy yo de buena gana
Mi mano en tono de amigo:
Los hombres me inspiran tedio,
Todos me causan hastío,
Y á todos hallo menguados,
Y á todos con desdén miro;
Y por sobre todos ellos
Está mi cuerpo ridículo,
Esta mi estampa imperfecta,
Este mi triste individuo
Que en puridad de verdades
Es algo como prodigio
De horror: la naturaleza
Ninguna gracia me hizo.
Si yo pudiera ser otro,
Nunca sería *yo mismo*:
El buen gusto está en el cambio,
Y en el cambio no hay fastidio;
Y si tuviera otra cara,
Tal como algunos Ministros,
Nunca saldría á la calle
Con la que tengo, de pillo.
¡Cuánto diera yo por verme
Ante el espejo verídico
Sin mi cara de hombre grande
En mi cuerpo tan exiguo!
Y ¿qué hacer para escaparme
De mí?—Yo soy mi enemigo!
Y estoy ya de mí, cansado,
Y de mi sér, aburrido.
En todas partes encuentro
De tedio y rabia, motivos,
Y á donde quiera que vaya,
Dentro de mí va el fastidio.
Pues bien! Veamos si un trago
Me produce algún alivio:
Bendita la Providencia
Que dejó en el mundo el vino!
El vino alegra la mente
Y trueca el odio en cariño,
Convierte el erial en prado
Y el prado en jardines ricos.
Bajo su acción bienhechora,
Me perdono haber nacido
Y perdono las ofensas
Y siento . . . menor fastidio.
Sacudamos con un trago
Este constante y maldito
Malestar que del espíritu
Pasa á todo mi individuo . . .
Tomo uno, y tomo otro,
Y nada! Aquí estoy *conmigo!*
Siempre yo . . . siempre mi estampa,
Siempre el horrible fastidio!
Vaya, vaya! . . . Se me cierran
Los párpados . . . ¡buen indicio!
Un bostezo . . . otro bostezo . . .
No puedo . . . al sueño me rindo . . .
Mejor, mejor! Mientras duerma,
Mi libertad reivindico,
Y pasaré diez minutos
Siquiera, solo y tranquilo . . .
Oh dolor! . . . Qué horrible sueño!
¿Para qué, pues, he dormido?
En vez de soñar con ángeles,
Ay! . . . he soñado conmigo!

J. J. BRECA.

ARTE DE TENER SUEÑOS AGRADABLES

Una gran parte de nuestra vida la empleamos en dormir: durante este tiempo muchas veces tenemos sueños agradables, y otros que no lo son: procurarse los primeros y alejar los segundos es objeto muy importante, pues sea real ó ideal la pena, siempre es pena, y el placer siempre es placer. Desde luego es un gran bien poder dormir sin soñar, porque en tal situación, estamos libres de sueños desagradables; pero si mientras dormimos, podemos tener sueños lisonjeros, es, como vulgarmente se dice, *otro tanto agregado á los placeres de la vida.*

Para esto es necesario, en primer lugar, tener mucho cuidado de conservar la salud por medio de un ejercicio regular y de una gran templanza, porque en las enfermedades la imaginación está alterada y siempre dispuesta á recibir ideas tétricas y algunas veces terribles. El ejercicio debe hacerse antes de comer, y no inmediatamente después. En el primer caso, ayuda á la digestión, y en el segundo, la incomoda á menos de ser moderado. Si después de haber hecho algún ejercicio comemos con moderación, la digestión es fácil y buena, el cuerpo se encuentra ágil, el humor alegre, todas las funciones animales se ejecutan bien, el sueño que se sigue es natural y tranquilo: pero la indolencia unida al exceso de la mesa ocasiona pesadillas y espantos indecibles; cree uno caer en precipicios, ser acometido por animales feroces, por demonios, experimentándose tormentos bajo mil formas diversas. Nótese además que debe establecerse cierta proporción

entre el alimento que se toma y el ejercicio que se hace. El que trabaja mucho puede y debe comer más; pero los que se limitan á un corto ejercicio deben comer poco. En general, la especie humana, desde que tanto ha progresado el arte de la cocina, come dos veces más de lo que pide la naturaleza. Es bueno cenar cuando no se ha comido; y las noches agitadas son una consecuencia natural de las cenas borrascosas y celebradas después de copiosas comidas. Es cierto que algunas personas, gracias á la diferencia de constituciones, descansan bien después de tales cenas; no les cuesta más que un sueño espantoso y una apoplegía, después de lo cual duermen tranquilamente hasta el juicio final. Nada se ve más repetido en los diarios que anuncios de personas, que después de haber cenado con exceso, han sido halladas muertas en sus camas á la mañana siguiente.

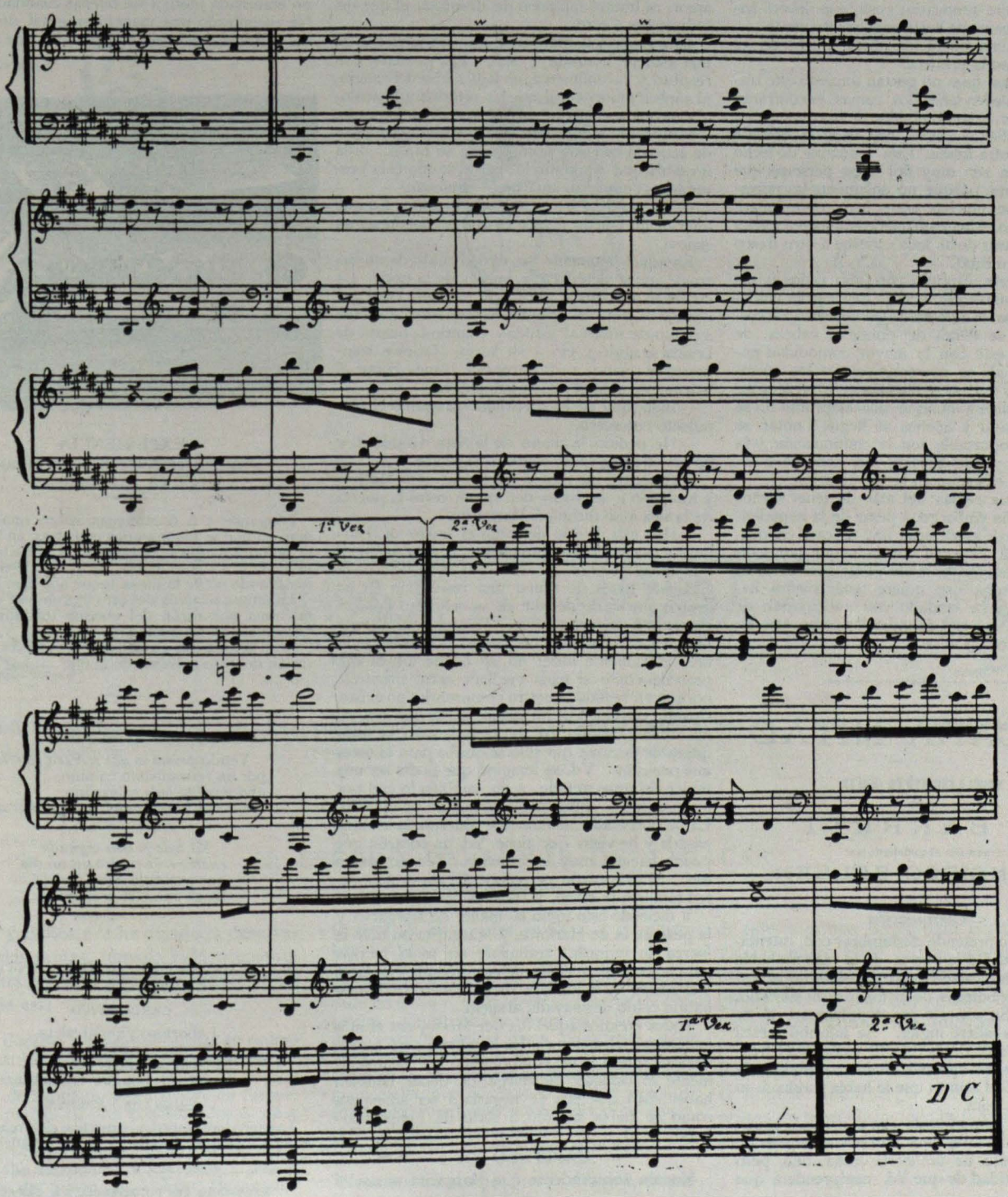
Otro medio de conservar la salud es tener cuidado de *renovar* muchas veces el aire del cuarto donde se duerme. Es un grandísimo error *tenerlo cerrado* y las camas con *colgaduras*. El aire que se respira es mal sano; la naturaleza lo arroja de nuestros cuerpos por medio de los poros y los pulmones. En un cuarto donde no entra el aire exterior, el que ya hemos respirado se vuelve á respirar muchas veces, siendo en cada una de ellas más pernicioso. Cuando el aire está saturado de la materia traspirable que exhala nuestro cuerpo y que se compone de una parte de nuestros alimentos, ya no puede recibir ninguna nueva cantidad de la materia, y nos ocasiona enfermedades. Este estado se anuncia por una incomodidad, al principio levísima, por una desazón bastante difícil de describir y en cuya verdadera causa pocas personas atinan á pesar de sentirla. Con dificultad se concilia el sueño; se dan muchas vueltas por la cama sin poder descansar de ningún lado, etc.

Esta es una de las grandes y principales causas de los sueños desagradables. Cuando el cuerpo está desazonado, el alma no está tranquila, de donde resultan, como consecuencia natural, toda suerte de ideas ingratas mientras se duerme. He aquí los remedios que pueden precaver ó curar este estado:

1º Comiendo con moderación, se produce en

MARIA

Valse por Rosario Silva S.



un tiempo dado menor cantidad de materia traspirable; las sábanas pueden recibirla por más largo tiempo sin saturarse de ella, y entonces podemos gozar de un sueño más prolongado antes que nos incomoden aquellas miasmas que sobrecargan el aire.

2º Puede hacerse uso de mantas ó colchas más ligeras y más permeables, que dejarán á la materia traspirable un paso más fácil y nos incomodarán menos, siendo susceptibles de recibirla por mucho más tiempo.

3º Cuando uno se despierta á causa de tal desazón, y no se puede fácilmente volver á conciliar el sueño, es menester dejar la cama, mullir bien la almohada, sacudir quince ó veinte veces las sábanas, descubrir después la cama para que se refresque, paseándose en el ínterin por el cuarto sin vestirse. Por lo regular después de esta operación se logra un sueño dulce y apacible, y todos los objetos que se presenten á la imaginación serán agradables. Yo tengo con frecuencia sueños de estos que me divierten tanto como las escenas de la ópera. El que sea demasiado perezoso para salir de la cama puede contentarse levantando con el brazo ó pié la colcha, dejándola caer luego que se haya introducido una buena cantidad de aire renovado; cosa que deberá hacer consecutivamente hasta unas veinte veces..... Pero esta última operación dista mucho de ser tan eficaz como la primera.

Las personas que no gustan tomarse este trabajo, y que pueden tener dos camas, encontrarán un gran placer, cuando el calor de la cama no les permita conciliar el sueño, con dejar la caliente para pasar á otra fresca. Esta mudanza de lecho podrá también ser muy útil á las personas que tienen calentura, porque no solamente las refrescará, sino que muchas veces les proporcionará un buen sueño. Una cama suficientemente ancha para poder pasar de un lado caliente á otro fresco equivale á lo mismo.

Concluiré este capítulo con uno ó dos avisos más. Al acostarse es menester tener gran cuidado de arreglar la almohada conforme á la costumbre que se tenga de poner la cabeza, de suerte que se esté con la mayor comodidad posible; en seguida es necesario colocar los miembros de modo que no se incomoden unos á otros. Una mala posición, aunque por el pronto no se sienta demasiado y apenas se llegue á notar, se hace menos soportable con la continuación, y la incomodidad puede hacerse más sensible é influir, durante el sueño, en la imaginación.

Tales son las reglas del arte de tener sueños agradables. Sin embargo, á pesar de la experiencia que tengo de su eficacia, hay un caso en que, aun cuando se observen con la mayor puntualidad, será sin el menor fruto. Este caso es aquel en que la persona que quiere tener sueños halagüeños no haya cuidado con anticipación de poseer la más esencial de todas las cosas, esto es: UNA BUENA CONCIENCIA.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

como quien no pretende deslumbrar con ostentación de riqueza; á la puerta de la casa no había lujoso coche con caballos que piafaban impacientes. No tenía botones de diamantes, ni solitario, ni sortijas. Su aspecto era simplemente el de un honrado caballero inglés. Se informó acerca de su salud, habló de la casa de campo en Streatly, y cuando vió que ella había recobrado la calma, abordó el asunto que le había traído á su casa á aquella hora.

—Vd. dirá que procedo con demasiada precipitación al pedir á Vd. una entrevista después de un conocimiento de tan corta fecha, dijo, pero tengo la seguridad de que Vd. comprenderá que lo más acertado y lo mejor para todos, es que no haya reserva en nuestra conversación, que nos expliquémos con toda sinceridad y franqueza, que nos comprendamos perfectamente y decidamos de una vez, y para siempre, lo que debemos hacer. En cuanto á mí, especialmente, es necesario que me aproveche de la oportunidad, mientras ésta existe, dijo sonriendo, y continuó con acento grave, casi solemne: «He venido á ofrecerle á Vd. mi mano en matrimonio.»

—Vd. sabe que he aceptado la oferta del señor Motley y que le he dado mi palabra, dijo Margarita.

—Sí; lo sé: y él sabe también que estoy aquí en estos momentos pidiendo á Vd. que retire su palabra. Desde el día que compré el retrato de Vd., le manifesté que si llegaba á encontrar el original, haría todo lo posible por obtener su mano; y cuando él se me anticipó, sabía perfectamente que corría ese riesgo. Si él fuera mi hermano, no vacilaría en repetir lo que digo ahora: yo la amo á Vd. Si tuviese la seguridad de que él la amaba tan profunda y sinceramente como yo, le pediría á Vd. que escogiese entre los dos. Si Vd. me ama, será mi esposa; si Vd. no me ama, no trataré de que lo sea, ni persistiré en mi amor, ni trataré tampoco de disminuir el que usted profese á otro.

Esto pareció á Margarita que era proceder de una manera honrada y leal. Era proceder con rectitud y varonilmente; no había falsa delicadeza, ni súplica amorosa; ni mucha retórica y fraseología escogida—sino la verdad sencilla y honrada, y el deseo de que hiciera lo que considerase justo de acuerdo con sus principios y su razón. Ella no sabía que responderle; pero cuando él la preguntó—¿Podrá Vd. amarme?—contestó:

—Vd. no debe hacerme esa pregunta. Lo que únicamente puedo decirle es que no puedo ser su esposa.

En aquél momento se oyó el ruido de un carruaje que se detenía á la puerta de la casa. La criada se apresuró á abrirla al visitante cuya generosidad conocía. El Sr. Motley entró, y estaba á punto de subir al estudio, cuando la puerta de la sala se abrió y vió á su socio, Harlowe, sombrero en mano, y á Margarita blanca como el mármol en el fondo de la habitación.

—Bien ¿qué se ha decidido? preguntó el corpulento cervecero.

—He pedido la mano de la Srta. Goddard, y no he sido aceptado, contestó Harlowe.

—Entonces me toca á mí hablar, dijo Motley, y tomando á su socio del brazo, cerró la puerta de la sala y se dirigió á Margarita.

—Hija mía, le dijo sin soltar el brazo de Harlowe y poniendo afectuosamente la otra mano en el hombro de la muchacha:—Vd. debe pensar sériamente antes de tomar una resolución en un asunto que ha de decidir de su felicidad durante cuarenta ó cincuenta años. Piénselo Vd. bien y resuelva lo que Vd. crea justo. Considérese libre, enteramente libre; no se ocupe Vd. de mí; proceda como si nada mediara entre nosotros, porque en realidad nuestro compromiso no existe. Cuando ofrecí á Vd. mi mano, sabía que Vd. no me amaba; cuando Vd. la aceptó, tuvo la franqueza de decirme que sólo se casaba para obtener una posición. Vd. se imaginó que podía ser una mujer del gran mundo, y yo también lo creí por un momento. Pero ya he cambiado de opinión. La he observado atentamente durante la semana pasada y he visto que tiene Vd. un corazón que puede hacerla muy infortunada. Yo no deseo eso. Si su corazón pertenece á Felipe, déle usted también la mano, y Dios los bendiga.

Y diciendo esto tomó la mano de Margarita y la puso en la de Harlowe, y Margarita no tuvo la fuerza de retirarla: realmente no tenía fuerzas para sostenerse á causa de su profunda emoción, y si Felipe no la hubiera sostenido en los brazos habría caído desmayada al suelo.

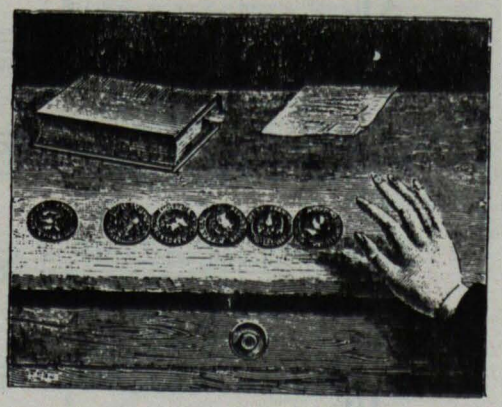
Todos creímos aquel día que Motley era el más generoso y el mejor de los hombres; pero yo reflexioné que si había comprendido tan completamente el carácter de Margarita, debía también haber visto qne ella se negaría á ser su esposa como se había negado á serlo de Felipe Harlowe.

CAPITULO VII

No era sorprendente que Margarita amase á Harlowe. En la pasión que había concebido por ella, al ver su retrato, había algo más que una admiración ordinaria. No era simplemente un amor producido por su belleza física lo que le había hecho declarar que se casaría con ella si la llegaba á encontrar; debía haber hallado en aquel rostro pruebas convincentes de un carácter y disposición que podrían armonizar con sus sentimientos, cuando tomó semejante resolución, y como era la realidad, había muchos puntos de contacto entre los dos. El era, por otra parte, más digno de ser amado que la mayoría de los hombres de su edad, porque á la vez que suave de carácter, era varonil y fuerte, y sin embargo lleno de consideración para las debilidades de los demás. Se esforzaba en comprender á sus amigos y se acomodaba á sus peculiaridades. Aunque indolente por naturaleza, no dejaba pasar una oportunidad de servir á las personas que conocía, y poseía el raro don de hacer favores de tal manera, que los que se aprovechaban de ellos, no se sentían bajo el peso que siempre impone el beneficio que se recibe. Finalmente, era un hombre hermoso, que gozaba de una posición bastante desahogada.

Tenía sus defectos—quien no los tiene—pero no eran nada junto á sus buenas cualidades. Había encontrado una manera original de excusar sus defectos, haciendo alusión á los que no tenía.

Se continuará



EXPERIENCIA

SOBRE LA TRASMISIÓN DE UN CHOQUE POR LA ELASTICIDAD

Pónganse 5 ó 6 monedas sobre una mesa, de manera que se toquen unas con otras, en línea recta, como lo indica el grabado. Cójase la primera moneda y arrójese hacia las otras, de modo que resbalando sobre la mesa toque á la que le seguía.

La última moneda del otro extremo se separá de las otras por razón del choque trasmitido por la elasticidad de las monedas.

Si se tirasen dos monedas á la vez, dos se separarían del otro extremo de la fila.

CHARADAS

Yendo *prima* la *dos tercera cuarta*
por un retiradísimo camino,
una terrible *todo* sobrevino
á mis dos hermanitas Petra y Marta.

—

Mi *todo prima segunda*
cuatro tres cuatro en un día
que gotas de agua podría
tener una olla profunda.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

—

GEROGLÍFICO

Laborioso y progresista,
A la vanguardia las artes,
El Cojo por todas partes
Fama y renombre conquista.

CHARADA: *Rosario.*

Las anteriores soluciones nos han sido remitidas por la Srita. Antonia Esteller y varios caballeros de esta ciudad.

REEDITADO EN "FOTOCIENCIA", S.A. CARACAS